

HENRIK
IBSEN



HEDDA GABLER



HEDDA GABLER

DRAMA EN CUATRO ACTOS

PERSONAJES

JORGE TESMAN.

HEDDA, su mujer.

JULIA TESMAN, tía de Jorge.

THEA DE ELVSTED.

EYLERT LOEBVORG.

El asesor BRACK.

BERTA, criada de los Tesman.

La acción pasa en nuestros días, en la quinta de Tesman, situada al Oeste de la ciudad.

ACTO PRIMERO

Un salón, amueblado con gusto y decorado con colgaduras oscuras. En el foro una puerta grande, con los portiers descorridos, la cual conduce á otra pieza más pequeña, amueblada y decorada de análoga manera que el salón. A la derecha de éste, una puerta de dos hojas que da al vestíbulo. A la izquierda, frente á la misma, una puerta vidriera con los portiers igualmente descorridos. Al través de los cristales se divisa una marquesina cubierta, y más lejos masas de árboles con el tono amarillado del otoño. En medio del salón, una mesa ovalada con tapete y rodeada de sillas. Más cerca del espectador, á la derecha, una gran estufa de porcelana oscura, un sillón de respaldo alto, un cojinete para los pies y dos taburetes. En el fondo, en el ángulo de la derecha, un sofá de esquina y un velador redondo. En primer término, á la izquierda, y á alguna distancia de la pared, un sofá. Más hacia el fondo, pasada la puerta vidriera, un piano. A derecha é izquierda de la puerta del foro, étagères con caprichos de barro cocido y de mayólica. En la segunda estancia, un sofá

arrimado á la pared del fondo, con una mesa y algunas sillas. Colgado en la pared, encima del sofá, un retrato que representa un hombre agraciado, de edad madura, con uniforme de general. Encima de la mesa, una suspensión con bomba destrozada. En diversos puntos del salón, jarrones y vasos con ramos de flores; hay ramos también tirados por las mesas. Las dos piezas están ricamente alfombradas. Por la puerta vidriera entran los rayos del sol.

(Julia Tesman, con sombrero y sombrilla, entra por la puerta del vestíbulo, seguida de Berta, que lleva un ramo. Julia es mujer de unos sesenta y cinco años, de aspecto agradable y bondadoso. Lleva un traje de paseo gris, sencillo, pero bien hecho. Berta es una criada de cierta edad, de semblante ingenuo y con algunas trazas de campesina.)

JULIA. *(Se para delante de la puerta, escucha un rato, y dice á media voz):—*

Pues, por lo visto, no se han levantado aún.

BERTA. (*Lo mismo.*)—Es lo que yo dije á la señorita. Hágase V. cargo; habiendo llegado el vapor tan tarde... Y encima, ¡Dios mío!, ¡si V. supiese lo que mi señorita me hizo desempaquetar antes de irse á la cama!

JULIA.—Sí, sí, dejémoslos descansar á su sabor. Yo sólo quiero que, al levantarse, puedan respirar el aire de la mañana.

(*Se acerca á la puerta vidriera y la abre de par en par.*)

BERTA. (*Indecisa, cerca de la mesa, con el ramo en la mano.*)—La verdad es que no queda sitio donde ponerlo. Puedo colocarlo aquí, ¿verdad, señorita?

(*Lo coloca sobre el piano.*)

JULIA.—Con que ahora ya estás en casa de nuevos amos, querida Berta. ¡Dios sabe si me ha costado trabajo separarme de ti!

BERTA. (*A punto de llorar.*)—Pues ¡y yo, señorita! ¿Qué diré? ¡Yo que he comido el pan de estas señoritas Dios sabe cuántos años!

JULIA.—Hay que tomarlo con calma, Berta. Realmente no se podía hacer otra cosa. Ya ves, es preciso que estés cerca de Jorge. Necesita de ti en la casa; tú lo has cuidado siempre desde su primera niñez.

BERTA.—Sí, señorita; pero me da tanto sentimiento pensar en nuestra pobre enferma. ¡Siempre acostada sin poder valerse! ¡Y para remate esa nue-

va criada! Jamás llegará á servirla como quiere la pobre señora.

JULIA.—¡Oh! Ya sabré yo enseñarla. Lo principal, como comprendes, correrá á mi cargo. Y por lo que toca á mi pobre hermana, no te apures tanto, querida Berta.

BERTA.—Sí, pero es que hay otra cosa, señorita. ¡Temo tanto no dar gusto á la señora!

JULIA.—¡Oh, Dios mío! No digo yo que al principio no haya sus más y sus menos.

BERTA.—Es que de seguro ha de ser muy difícil de contentar.

JULIA.—Ya lo creo. ¡La hija del general Gabler! ¡Con los hábitos que tenía en vida del general! ¿Te acuerdas del tiempo en que se la veía pasar á caballo con su padre? Llevaba una larga falda negra y sombrero con plumas.

BERTA.—¡Vaya si me acuerdo! ¡Ah! ¿Quién me había de decir entonces que ella y el licenciado iban á formar una parejita?

JULIA.—Tampoco yo lo hubiera creído. Pero ahora que pienso en ello, Berta, en adelante has de llamar á Jorge «el señor doctor».

BERTA.—Sí, eso me dijo anoche la señorita, apenas entró. Pero ¿es de veras?

JULIA. Como lo oyes. Figúrate tú que lo han hecho doctor en el extranjero...; ya comprendes, durante el viaje. Maldito si yo sabía una palabra hasta que él lo dijo al salir del vapor.

BERTA. ¡Ah, sí! De fijo que podrá ser todo lo que quiera. ¡Con el talento

que tiene! Pero yo no hubiese creído nunca que se pudiese á visitar.

JULIA.—No, si no es doctor de esa clase. (*Moviendo la cabeza con aire de importancia.*) Además, sería posible que dentro de poco tuvieses que darle un título que suena mejor todavía.

BERTA.—¡Mejor! Pues ¿qué puede ser, señorita?

JULIA. (*Sonriendo.*)—¡Ah! ¿Querías saberlo? (*Con emoción.*) ¡Dios mío, si mi pobre Joaquín pudiese salir de la tumba y ver á lo que ha llegado su pequeñuelo! (*Mirando en torno de sí.*) ¡Pero oye, Berta! ¿Qué es lo que has hecho? ¿Por qué has quitado las fundas de todos los muebles?

BERTA.—Me ha mandado que lo haga la señorita. Me ha dicho que no puede ver las fundas.

JULIA.—Entonces ¿es que han de estar así todos los días?

BERTA.—Sí, parece, por lo que dice la señorita. Porque al doctor no le he oído decir una palabra.

(Jorge Tesman entra tarareando por la puerta derecha de la pieza del fondo. Lleva en la mano una maleta abierta y vacía. Es un hombre de treinta y tres años, de mediana estatura, de aspecto juvenil, algo lleno de carnes, de fisonomía sencilla, franca y jovial, de pelo y barba rubios. Gasta anteojos y se presenta vestido con alguna negligencia, en traje de mañana, holgado y cómodo.)

JULIA.—¡Buenos días, Jorge!... ¡Buenos días!

TESMAN. (*En el hueco de la puerta.*)—¡Tía Julia! ¡Querida tía Julia! (*Acercándose á ella y estrechándole la mano.*)

¡Cómo! ¿De modo que tú aquí? ¡Tan temprano! ¿Eh?

JULIA.—Ya comprendes que tenía que echar un vistazo á vuestra casa.

TESMAN.—¿Y sin descansar esta noche?

JULIA.—¡Oh! ¡Eso no me importa absolutamente nada!

TESMAN.—¡Vamos! Pero en fin, ¿tú siquiera habrás llegado á tu domicilio sin dificultades? ¿Eh?

JULIA.—Sí, á Dios gracias. El asesor tuvo la bondad de acompañarme hasta la puerta.

TESMAN.—Sentimos no poder llevarte en nuestro coche. Pero ya viste. Hedda traía tantas cajas...

JULIA.—¡Sí! No dejaba de traer.

BERTA. (*A Tesman.*)—¿Debería yo ir al cuarto de la señorita á ver si me necesita para algo?

TESMAN.—No, Berta, no hace falta. Gracias. Si necesita algo, me ha dicho que llamará.

BERTA. (*Pasando á la derecha.*)—Está bien.

TESMAN.—Pero aguarda un poco. Llévate esta maleta de paso.

BERTA. (*Cogiendo la maleta.*)—Voy á llevarla al desván.

(*Vase por la puerta del vestíbulo.*)

TESMAN.—¡Figúrate, tía! Ese malecón estaba reventando de notas y de extractos. Es increíble las cosas que he encontrado en esos archivos. Documentos antiguos del más alto interés y de que nadie tenía noticia.

JULIA.—Sí, sí, Jorge. Tú no habrás

perdido el tiempo durante el viaje de bodas.

TESMAN.—No, puedo alabarme de ello. Pero quítate el sombrero, tía. ¡Vamos! Voy á desatarte las bridas, ¿eh?

JULIA. (*Dejándole hacer.*)—¡Ah, Dios mío! ¡Esto me recuerda los pasados tiempos!

TESMAN. (*Dando vueltas al sombrero.*)—¡Eh! ¡Qué sombrero tan majo tienes! ¡Qué elegancia!

JULIA.—Lo he comprado por Hedda.

TESMAN.—¿Por Hedda?

JULIA.—Sí. No quiero que Hedda tenga que avergonzarse de mí.

TESMAN. (*Dándole un golpecito en la mejilla.*)—¡Siempre estás en todo, tía! (*Deja el sombrero en una silla próxima á la mesa.*) Ahora, mira, vamos á sentarnos aquí, en el sofá, y á charlar un poco hasta que salga Hedda.

(*Se sientan. Julia coloca la sombrilla en el ángulo del sofá.*)

JULIA.—¡Qué alegría me da verte aquí, delante de mí, en carne y hueso! ¡Querido Jorge! ¡El queridito del pobre Joaquín!

TESMAN.—Pues ¡y á mí! ¡Decir que te vuelvo á ver, tía Julia! ¡La que me ha servido de padre y de madre!

JULIA.—Sí, ya sé yo que tú no dejarás de querer á las viejecitas de tus tías.

TESMAN.—¿De modo que no hay mejora en el estado de tía Rina, eh?

JULIA.—No, creo que no hay que esperar mejora. ¡Pobre! Siempre en cama; ya llevamos así años y años. ¡Oh, Dios mío! ¡Con tal que yo pueda con-

servarla aún algún tiempo! Sin eso, Jorge, no sabría qué hacer de mi pobre existencia. Sobre todo ahora que no tengo ya que cuidar de ti.

TESMAN. (*Dándole golpecitos en el hombro.*)—¡Vamos, vamos!

JULIA.—¡No! ¡Pero cuando una piensa que estás casado, Jorge! ¡Y que eres tú el que ha conquistado á la encantadora Hedda Gabler! ¡Ahí es nada! ¡Ella que tenía tantos adoradores en torno suyo!

TESMAN. (*Tarareando un poco, con sonrisa de satisfacción.*)—Sí, creo que allá, en la ciudad, no faltan amigos que me envidian, ¿eh?

JULIA.—¡Y ese largo viaje de novios que has hecho! Más de cinco... cerca de seis meses.

TESMAN.—Sí, pero para mí ha sido al mismo tiempo una especie de viaje de estudio. ¡Tantos archivos que compulsar, y tantos libros que leer! ¡Si supieses!

JULIA.—Bueno, todo eso está muy bien. (*Bajando la voz confidencialmente.*) Pero, veamos, Jorge, ¿no tienes alguna cosa, algo de particular que decirme?

TESMAN.—¿A propósito de nuestro viaje?

JULIA.—Sí.

TESMAN.—No, nada que yo sepa; fuera de lo que os he escrito. La toma del grado de doctor; te hablé de eso ayer, ¿no es verdad?

JULIA.—Sí, todo eso lo sé. Pero quiero decir si no... ¡vamos! ¿si no tienes algunas esperanzas?

TESMAN.—¿Esperanzas?

JULIA.—¡Dios mío, Jorge! ¿No soy tu tía, y tía vieja?

TESMAN.—Mucho, mucho, tengo esperanzas.

JULIA.—¿De veras?

TESMAN.—Las mejores esperanzas de ser nombrado profesor de un día á otro.

JULIA.—Profesor, sí, ya sé.

TESMAN.—O más bien: me atrevo á decir que tengo la certidumbre. Pero, mi buena tía, eso lo sabes tan bien como yo.

JULIA. (*Sonriendo.*)—Sí, sí, muy cierto. Tienes razón. (*Cambiando de tono.*) Pero hablábamos del viaje. Dí, ¿te habrá costado mucho dinero?

TESMAN.—¡Oh, sí! La gran subvención que recibí ha cubierto una buena parte de los gastos.

JULIA.—Sí, pero lo que yo no comprendo es que haya podido bastar para dos.

TESMAN.—No, no, no es tan fácil de comprender, ¿verdad?

JULIA.—Y menos cuando se viaja con una señora. Eso cuesta infinitamente más caro, según he oído decir.

TESMAN.—Sí, se supone, cuesta un poco más caro. Pero ¿qué quieres? ¡Era preciso que Hedda hiciese ese viaje! Era realmente preciso. Lo contrario no hubiese sido decoroso.

JULIA.—Claro, sí. Hoy las conveniencias exigen el viaje de novios. Pero, dime, ¿empiezas á encontrarte en tu casa?

TESMAN.—Ya lo creo. Estoy en pié, desde que ha amanecido, para pasar revista á todo.

JULIA.—¿Y te gusta como está?

TESMAN.—¡Mucho! ¡Enormemente! No hay más que una cosa que no comprendo: ¿qué quieres que hagamos de esos dos cuartos vacíos que hay entre la pieza del fondo y la alcoba de Hedda?

JULIA. (*Sonriendo.*)—¡Oh, querido Jorge! Con el tiempo ya se encontrará en qué emplearlos.

TESMAN.—Es verdad, tienes mucha razón, tía. Más adelante, cuando aumente la biblioteca... ¿eh?

JULIA.—Eso, querido. He pensado en tu biblioteca.

TESMAN.—Me alegro de esto sobre todo por Hedda. Desde antes de nuestros esponsales me dijo que nunca querría vivir más que en la quinta de la señora de Falk, la mujer del consejero de Estado.

JULIA.—¡Pues mira! Y decir que se ha encontrado tan á punto. Cabalmente en el momento de marcharos se puso en venta la casa.

TESMAN.—¿No es verdad, tía Julia? Eso es lo se llama tener suerte, ¿eh?

JULIA.—Pero ha costado caro, querido Jorge. Todo esto te saldrá carísimo.

TESMAN. (*Mirándola un poco turbado.*)—¿Será posible, tía? Di.

JULIA.—¡Dios de mi vida! Sí, hijo mío.

TESMAN.—¿Cuánto crees tú? Veamos aproximadamente.

JULIA.—No puedo decirtelo antes de ver todas las cuentas.

TESMAN.—Felizmente el asesor Brack ha obtenido condiciones muy ventajosas para mí. El mismo se lo ha escrito á Hedda.

JULIA.—Sí, no te preocupes de eso, hijo mío. Y luego, en cuanto á los muebles y colgaduras, he dado fianza yo.

TESMAN.—¿Fianza? ¿Tú? Pero, querida tía, ¿qué fianza has podido dar?

JULIA.—Me empeñado mi renta.

TESMAN. (*Dando un salto.*)—¿Eh? ¡Tu... tu renta y la de tía Rina!

JULIA.—Ya ves: no había otro camino.

TESMAN. (*Colocándose delante de Julia.*)—Pero, vamos á ver, tía, ¿estás loca? Esa renta es todo lo que tenéis para vivir tía Rina y tú.

JULIA.—¡Vamos, vamos, no lo tomes tan á pecho! Ya sabes que todo ello es pura cuestión de forma. Lo mismo dice el asesor. Porque el señor Brack es el que ha tenido á bien arreglar el asunto en mi nombre. Dice que no es más que una formalidad.

TESMAN.—Sí, es muy posible. Pero, sin embargo...

JULIA.—¿No vas á tener un sueldo para atender á todo? Y luego, Dios mío, aunque pudiésemos hacerte algunos pequeños anticipos, ¿qué? Si pudiésemos ayudarte un poco al principio... Pues sería un verdadero honor para nosotras, puedes creerlo.

TESMAN.—¡Ah, tía! ¡Tú no te cansarás nunca de sacrificarte por mí!

JULIA. (*Levantándose y poniéndole las manos sobre los hombros.*)—¡Querido mío! ¿Hay para mí mayor felicidad en el mundo que allanarte el camino de la vida? ¡Tú que no conociste el cariño de los padres! Horas negras hubo, es verdad; pero, ¡gracias á Dios! has salido adelante, Jorge.

TESMAN.—Sí, en el fondo es bien extraño ver cómo se han arreglado las cosas.

JULIA.—Sí, y todos los que estaban en contra tuya, y querían cerrarte el camino, ahora los tienes debajo decididamente. ¡Sí, Jorge, están en el suelo! Y el que era más peligroso, ese ha caído más bajo que todos los demás. ¡Pobre insensato!

TESMAN.—¿Has oído hablar de Eylert? Quiero decir desde mi partida.

JULIA.—Me han dicho sólo que ha publicado un nuevo libro.

TESMAN.—¡Cómo! ¿Eylert Loevborg? Ultimamente, ¿eh?

JULIA.—Sí, eso me han contado. No puede ser gran cosa, ¿qué dices tú?... ¿No? ¡Cuando aparezca tu nuevo libro, entonces sí que verán! ¿Verdad, Jorge? ¿Sobre qué escribes, di?

TESMAN.—Sobre la industria doméstica en el Brabante de la Edad Media.

JULIA.—¿Es posible? ¡Y decir que tú puedes escribir hasta sobre eso!

TESMAN.—Pero puede que el libro no aparezca aún de aquí á mucho tiempo. Calcula: tengo que empezar por poner en orden todas esas colecciones de manuscritos.

JULIA.—¡Ah, sí! Para eso de coleccionar y poner en orden te pintas tú solo. Por algo eres hijo del difunto Joaquín.

TESMAN.—Será un verdadero placer para mí, sobre todo ahora que tengo mi propia casa, tan encantadora, donde podré trabajar á mi gusto.

JULIA.—Y después, lo principal, querido Jorge, es que poseas á la que deseaba tu corazón.

TESMAN. (*Echándole los brazos.*)—¡Oh, sí, sí, tía Julia! ¡Lo más delicioso que hay en todo esto es Hedda! (*Mirando á la puerta.*) Aquí creo que viene.

(*Entra Hedda por la puerta izquierda de la pieza del fondo. Es una mujer de veintinueve años, de rostro y continente llenos de nobleza y distinción. El cutis es de una blancura mate. Mucha calma y frialdad en sus ojos de un gris de acero. El pelo, no muy espeso, tiene un bello matiz castaño. Lleva una bata de mañana de elegante corte, un poco suelta.*)

JULIA. (*Yendo al encuentro de Hedda.*)—¡Buenos días, querida Hedda, muy buenos días!

HEDDA. (*Alargándole la mano.*)—Buenos días, querida señora. ¡Una visita tan temprano! Es una verdadera atención.

JULIA. (*Ligeramente cortada.*)—Hum. ¿Ha dormido bien mi mujercita en su nueva instalación?

HEDDA.—¡Oh, sí! Gracias. Así, así.

TESMAN.—¿Así, así? ¡Estás tú buena, Hedda! Cuando yo me he levantado, dormías como un tronco.

HEDDA.—Afortunadamente para mí. Pero hay que acostumbrarse á todo, señora. Poco á poco se andará el camino. (*Mirando á la izquierda.*) ¡Ay! ¡Esa criada que ha abierto la puerta de la marquesina! Está esto inundado de sol.

JULIA. (*Acercándose á la puerta.*)—¡Bien, bien! Vamos á cerrarla.

HEDDA.—No, no es eso lo que yo quiero. Querido Tesman, corre las cortinas para suavizar la luz.

TESMAN. (*Acercándose á la puerta.*)—

Sí, sí. Mira, Hedda: como está ahora tendremos sombra y aire fresco á la vez.

HEDDA.—¡Aire fresco, sí! Buena falta hace. ¡Todas esas flores que Dios bendiga!... Pero, querida... ¿no se sienta V.?

JULIA.—No, gracias. Ya veo que aquí todo marcha bien, afortunadamente. Y ahora tengo que volverme al lado de la pobre Rina, que debe esperarme con impaciencia.

TESMAN.—Salúdala muy cariñosamente de mi parte, tía. Y dile que iré á verla un poco más tarde.

JULIA.—Sí, sí, no dejaré de decírselo. Pero, ahora que me acuerdo, Jorge... (*Registra su bolsillo.*) Se me olvidaba. Tengo una cosa para ti.

TESMAN.—¿Qué es ello, tía?

JULIA. (*Sacando un paquete envuelto en un periódico, y ofreciéndoselo.*)—Aquí te traigo esto, hijo; toma.

TESMAN. (*Desenvolviendo el paquete.*)—¡Ah! Pero ¿es de veras? ¡Las has conservado en tu casa, tía Julia! ¡Hedda! ¿No es de agradecer una solicitud tan cariñosa, di?

HEDDA. (*Que ha pasado á la derecha, acercándose á las étagères.*)—Pues ¿qué es?

TESMAN.—¿Con que mis zapatillas? ¿Oyes tú eso? ¡Mis zapatillas!

HEDDA.—¿Sí?... Recuerdo que me hablabas de ellas á menudo durante el viaje.

TESMAN.—Sí. ¡Bien las he echado de menos! (*Aproximándose á su mujer.*) Es menester que te las enseñe, Hedda.

HEDDA. (*Dirigiéndose hacia la estu-*

fa.)—No, hombre. ¡Ahora voy á fijarme yo en eso!

TESMAN. (*Siguiéndola.*)—¡Pero si no sabes! Melas bordó tía Rina en la cama. ¡Enferma y todo como está! ¡Oh! No puedes tú figurarte cuántos recuerdos se asocian á estas zapatillas.

HEDDA. (*Junto á la mesa.*)—Pero no precisamente para mí.

JULIA.—En eso tiene razón, Jorge.

TESMAN.—Sí, pero me parece que ahora que es de la familia...

HEDDA. (*Interrumpiéndole.*)—Terman, me parece que no podremos arreglarnos nunca con esta criada.

JULIA.—¿Con Berta?

TESMAN.—¿Por qué lo dices?

HEDDA. (*Señalando con el dedo.*)—¡Mira! Deja tirado su sombrero viejo en una silla del salón.

TESMAN. (*Desconcertado, dejando caer las zapatillas.*)—¡Vamos, Hedda, pero si...!

HEDDA.—¡Ya ves! ¡Si hubiese venido alguien!

TESMAN.—¡Pero, Hedda, si es el sombrero de tía Julia!

HEDDA.—¿Es de veras?

JULIA. (*Cogiendo el sombrero.*)—Sí, el mío. Y lo que es viejo, no lo es.

HEDDA.—La verdad es que no lo he visto tan de cerca.

JULIA. (*Poniéndose el sombrero y atando las bridas.*)—Es realmente le primera vez que me lo pongo. Dios sabe que es verdad.

TESMAN.—Y es muy bonito. ¡Verdaderamente soberbio!

JULIA.—Tanto como eso no, querido Jorge. (*Mirando alrededor.*) ¿Mi som-

brilla? ¡Ah! está aquí. (*La coge.*) La sombrilla es mía también, no de Berta.

TESMAN.—¡Un sombrero nuevo, una sombrilla nueva! ¿Qué te parece, Hedda?

HEDDA.—Muy bonito, precioso...

TESMAN.—¿Verdad que sí? Pero veamos, tía: mira bien á Hedda antes de marcharte. ¡Ella sí que es preciosa!

JULIA.—¡Oh, hijo! Esa no es una novedad: Hedda fué linda siempre, desde que yo la recuerdo. (*Hace una reverencia y pasa á la derecha.*)

TESMAN. (*Siguiéndola.*)—Sí, pero ¿has notado qué espléndida y soberbia se ha puesto? ¿Qué cuerpo ha echado durante el viaje?

HEDDA. (*Dirigiéndose al foro.*)—¡Déjate de eso!

JULIA. (*Deteniéndose y volviéndose.*)—¿Que ha echado cuerpo, dices?

TESMAN.—Seguramente, tía Julia; tú no ves bien con ese traje. Pero yo que tengo ocasión de...

HEDDA. (*Cerca de la puerta vidriera, con impaciencia.*)—¡Tú no tienes ocasión de nada!

TESMAN.—Sin duda es el Tirol, el aire de las montañas...

HEDDA. (*Interrumpiéndolo secamente.*)—Estoy absolutamente lo mismo que al marchar.

TESMAN.—Eso crees tú; pero no es cierto. ¿Verdad, tía?

JULIA. (*Juntando las manos y mirando á Hedda.*)—Es un encanto, un encanto, un encanto. (*Se acerca á Hedda, le atrae la cabeza con las dos manos y la besa en la frente.*) ¡Que Dios guarde y proteja á Hedda para dicha de Jorge!

HEDDA. (*Desprendiéndose suavemente.*)—¡Oh!... ¡Déjenme!

JULIA.—Todos los días que Dios me conceda vendré á veros á los dos.

TESMAN.—Sí, tía, te ruego que lo hagas. ¿Eh?

JULIA.—¡Adiós, adiós!

(*Vase por el vestíbulo. Tesman la acompaña hasta la salida. La puerta queda entornada. Se oye á Tesman encargar á Julia que salude á tía Rina. Después vuelve á darle las gracias por las zapatillas. Al mismo tiempo se ve á Hedda pasear con impaciencia, levantar los brazos y apretar furiosa los puños. Luego separa las cortinas de la puerta vidriera y mira al exterior. Al poco rato vuelve Tesman y cierra la puerta.*)

TESMAN. (*Recogiendo las zapatillas.*)—¿Qué estás mirando, Hedda?

HEDDA. (*Dominándose y recobrando su serenidad.*)—Nada. El follaje. Ya está bien amarillo y marchito.

TESMAN. (*Envolviendo las zapatillas en el papel y poniéndolas sobre la mesa.*)—Es que estamos en Setiembre.

HEDDA. (*Con nuevas muestras de inquietud.*)—Sí. ¡Quién lo diría!... Ya en Setiembre.

TESMAN.—¿No te parece que tía Julia tenía una cara singular al marcharse? Estaba casi solemne, ¿verdad? ¿Sospechas tú qué le habrá dado?

HEDDA.—Apenas la conozco. ¿No suele ser así?

TESMAN.—No, jamás la he visto como hoy.

HEDDA. (*Alejándose de la puerta vidriera.*)—¿Crees que haya tomado muy

á pechos lo que se me escapó á propósito del sombrero?

TESMAN.—No, tanto como eso no. Un poco en el primer instante.

HEDDA.—Pero también ¡vaya una manera de tirar el sombrero por los muebles del salón! Eso no se hace.

TESMAN.—¡Vamos! Ten por seguro que tía Julia no lo repetirá.

HEDDA.—Por supuesto, ya trataré yo de arreglarlo.

TESMAN.—¡Oh, si, querida Hedda! ¡Si pudieses hacerlo!...

HEDDA.—Cuando vayas á verla, la invitas á venir aquí esta noche.

TESMAN.—¡Eso! Descuida. Y otra cosa hay que le agradaría muchísimo.

HEDDA.—¿El qué?

TESMAN.—Si pudieses conseguir tu-tearla... ¡Hazlo por mí, Hedda! ¿Eh?

HEDDA.—No, no, Tesman, de veras: eso no puedes pedírmelo. Ya te lo he dicho. Procuraré llamarla tía. No hay que pensar en más.

TESMAN.—Bueno, bueno. Yo creía, sin embargo, que ahora que eres de la familia...

HEDDA.—¡Jem!... no sé yo muy bien si... (*Se dirige hacia la puerta del foro.*)

TESMAN. (*Al cabo de un instante.*)—¿Te falta algo, Hedda?

HEDDA.—No, es que estoy mirando mi piano viejo. No hace bien en el conjunto.

TESMAN.—Cuando reciba la primera paga, lo cambiamos por otro.

HEDDA.—No, no. Nada de cambios. No quiero deshacerme de él. En vez de eso, podríamos trasladarlo al cuarto

del fondo, y tomar otro, cuando se presente la ocasión.

TESMAN. (*Ligeramente cohibido.*)—Sí, es claro: podríamos hacer eso.

HEDDA. (*Cogiendo el ramo que hay sobre el piano.*)—Este ramo no estaba aquí anoche, al llegar nosotros.

TESMAN.—Lo habrá traído tía Julia.

HEDDA. (*Examinando el ramo.*)—Una tarjeta de visita. (*Toma la tarjeta y lee.*) «Volveré más tarde.» Adivina de quién es.

TESMAN.—No sé. ¿De quién?

HEDDA.—La tarjeta dice: «Señora de Elvsted.»

TESMAN.—¡No es posible! ¡La señora de Elvsted, antes señorita Rysing!

HEDDA.—La misma. La que hacia tanto efecto con su llamativa cabellera por dondequiera que se presentaba... Una antigua pasión tuya, según he oído decir.

TESMAN. (*Sonriendo.*)—¡Oh! no duró mucho. Y eso era además cuando aún no te conocía á ti, Hedda. Pero oye..., es raro que esté en la ciudad.

HEDDA.—Lo singular es que nos visite. Yo no la conozco más que del colegio.

TESMAN.—Tampoco yo la he visto. Dios sabe desde cuándo. Es asombroso que pueda vivir en un rincón como el que habita allá. ¿Eh?

HEDDA. (*Después de reflexionar un instante dice de repente.*)—Di, Tesman, ¿no es hacia esa parte adonde se ha ido á vivir... ¿sabes?... Eylert Loevborg?

TESMAN.—Sí, en algún punto de esos sitios.

(*Entra Berta por la puerta del vestíbulo.*)

BERTA.—Señorita, está aquí otra vez la señora que vino hace poco y me entregó esas flores (*señalándolas*), las que tiene en la mano la señorita.

HEDDA.—¡Ah! ¿Está ahí? Bien. Que pase.

(*Berta abre la puerta y se retira después de entrar Thea de Elvsted. Esta última es una figurita delgada, de lindas facciones, de rostro delicado. Tiene ojos azules, grandes, redondos y un poco á flor de cabeza. La mirada es tímidamente inquieta é interrogadora. La cabellera, ondulada y copiosa, es de un color amarillo claro, casi blanco, que llama la atención. Tiene un par de años menos que Hedda, y lleva un traje de visita oscuro, de buen gusto, pero no de última moda.*)

HEDDA. (*Adelantándose á recibirla afablemente.*)—Buenos días, querida. Celebro mucho volverla á ver después de tantos años.

THEA. (*Nerviosamente, tratando de aparecer tranquila.*)—Sí, hace mucho que no nos hemos visto.

TESMAN. (*Alargándole la mano.*)—Ni nosotros tampoco. ¿Verdad?

HEDDA.—Gracias por sus lindas flores.

THEA.—¡Oh, por favor! Hubiese venido á ver á Vds. ayer en seguida; pero supe que estaban de viaje.

TESMAN.—¿Acaba V. de llegar á la ciudad?

THEA.—Vine ayer por la tarde. ¡Oh! ¡Me quedé tan desesperada al saber que estaban Vds. ausentes!...

HEDDA.—¡Desesperada!... ¿Por qué?

TESMAN. — Veamos, señora de Ry-sing... digo, de Elvsted...

HEDDA. — ¿Ha sucedido alguna cosa?

THEA. — Sí, y no conozco un alma á quien dirigirme aquí, excepto á Vds.

HEDDA. (*Dejando el ramo en la mesa.*) — Venga Vd. Sentémonos en el sofá.

THEA. — ¡Oh! ¡Yo no tengo calma ni paciencia para estar sentada!

HEDDA. — ¡Pues no que no! Venga V. (*La obliga á sentarse y se sienta á su lado.*)

TESMAN. — Vamos á ver, señora... ¿Qué hay?

HEDDA. — ¿Es alguna cosa que le ha sucedido á V. allá en su casa?

THEA. — Sí... es decir, sí y no. ¡Oh! Temo ser mal comprendida...

HEDDA. — ¡Vamos! Lo mejor que puede V. hacer es decirlo todo francamente.

TESMAN. — Para eso ha venido V., ¿no es verdad?

THEA. — Sí, sí. Justo. Ante todo, debo decir á Vds., si lo ignoran, que Eylert Loevborg está también aquí.

HEDDA. — ¡Loevborg está...!

TESMAN. — ¡Cómo! ¡Que ha vuelto Eylert Loevborg! ¿Oyes eso, Edda?

HEDDA. — Hombre, sí, oigo perfectamente.

THEA. — Hace ocho días que vino. ¡Cuando una lo piensa! ¡Solo, en medio de los peligros de esta ciudad, expuesto á las malas compañías que hay aquí!

HEDDA. — Pero, querida, ¿V. qué tiene que ver con su conducta?

THEA. (*Le dirige una mirada tímida y*

responde precipitadamente.) — Ha sido preceptor de los niños.

HEDDA. — ¿De sus hijos de V.?

THEA. — De los míos no. No los tengo.

HEDDA. — ¿De los de su marido?

THEA. — Sí.

TESMAN. (*Con alguna vacilación.*) — Pero es que él... no sé cómo expresarme... ¿estaba en situación de poder desempeñar cargos de esa índole?

THEA. — Durante estos dos últimos años no ha dado nada que decir.

TESMAN. — Así, ¿eh? ¿Oyes Hedda?

HEDDA. — Oigo muy bien.

THEA. — Absolutamente nada. Puedo asegurárselo á Vds. En ningún sentido... Y, sin embargo... ahora que sé que está aquí... en esta gran ciudad... y con las manos llenas de dinero, temo por él horriblemente.

TESMAN. — Pero, ¿por qué no se ha quedado mejor donde estaba, al lado de V. y de su marido? ¿Eh?

THEA. — Desde que apareció su libro, no ha habido paz ni reposo en nuestra casa.

TESMAN. — Sí, es verdad. Tía Julia me ha dicho que había publicado un nuevo libro.

THEA. — Sí, un nuevo libro, una gran obra sobre la marcha general de la civilización... Hará unos quince días. Se ha comprado y leído mucho. Ha producido gran sensación.

TESMAN. — ¿De veras ha producido sensación? Será, de fijo, algún trabajo que escribiese en sus buenos tiempos.

THEA. — ¿Quiere V. decir antes?

TESMAN. — Sí.

THEA.—Nada de eso. Lo ha escrito todo ahora... este último año.

TESMAN.—¿No es una alegría oírlo? Di, Hedda.

THEA.—¡Ah, sí! Lo que es como eso pudiese durar...

HEDDA.—¿Lo ha visto V. aquí?

THEA.—No, todavía no. ¡Me ha costado tanto trabajo descubrir su paradero! Por fin, lo he sabido esta mañana.

HEDDA. (*Clavándole los ojos.*)—En el fondo me parece bastante extraño que su marido de V... ¡Jem!...

THEA. (*Con un estremecimiento nervioso.*)—¿Mi marido? ¿Qué quiere V. decir?

HEDDA.—Sí, que la envíe á V. á la ciudad por un motivo de ese género. Hubiera podido venir él mismo en busca de su amigo.

THEA.—¡No, no! Mi marido no tiene tiempo. Y además... yo tenía que hacer algunas compras.

HEDDA. (*Con una ligera sonrisa.*)—¡Ah! Eso es otra cosa.

THEA. (*Levantándose de repente con agitación.*)—Y ahora, señor Tesman, tengo que pedir á V. un favor encarecidamente. ¡Reciba V. bien á Leovborg, si viene á su casa! Y no dejará de venir. ¡Dios mío! Fueron Vds. tan buenos amigos... Y, además, si no me equivoco, han hecho Vds. iguales estudios y trabajan en el mismo género de cosas.

TESMAN.—Es verdad; por lo menos, era verdad antes.

THEA.—Sí, señor. Y por eso le suplico... que esté V. también á la mira. ¡Oh! ¿Me lo promete V., no es verdad, señor Tesman.

TESMAN.—Sí, con mucho gusto, señora de Rysing...

HEDDA.—¡De Elvsted!

TESMAN.—Le prometo á V. hacer todo lo que pueda por Eylert. Cuento con ello.

THEA.—¡Oh, qué bueno es V.! (*Le da la mano.*) ¡Gracias, gracias! (*Estremeciéndose.*) Ya ve V., ¡mi marido lo quiere tanto.

HEDDA. (*Levantándose.*)—Deberías escribirle, Tesman. Si no, por su parte quizá no vendría á verte.

TESMAN.—Sí, puede que sea lo mejor. ¿Verdad, Hedda?

HEDDA.—Hazlo lo más pronto posible. ¡Anda!... en seguida.

THEA. (*Suplicante.*)—¡Oh, sí! ¡Hágalo V.!

TESMAN.—Al momento. ¿Tiene V. sus señas, señora... señora de Elvsted?

THEA.—Sí. (*Sacando un papelito del bolsillo y presentándoselo.*) Aquí las tiene V.

TESMAN.—Bien, muy bien. Alla voy. (*Paseando una mirada en torno suyo.*) Y es verdad... ¿Las zapatillas? ¡Ah! Aquí están.

(*Coge el paquete, y va á salir.*)

HEDDA.—Escribele muy afectuosamente... una carta de amigo, y bastante larga.

TESMAN.—Sí, sí, descuida.

THEA.—¡Pero, por supuesto, ni una palabra de mi intervención en su favor!

TESMAN.—¡Ah! ¡Claro. Eso no hay que decirlo.

(*Vase por la puerta derecha del cuarto del fondo.*)

HEDDA. (*Dirigiéndose hacia Thea, le dice á media voz, sonriendo.*)—Perfectamente. Hemos matado dos aves de un solo tiro.

THEA.—¿Cómo eso?

HEDDA.—¿No ha comprendido V. que yo quería alejarlo?

THEA.—Sí... para que escriba esa carta.

HEDDA.—Y para que podamos hablar nosotras solas.

THEA.—¿Del mismo asunto?

HEDDA.—Sí, del mismo asunto.

THEA.—¡Pero si no hay nada más!... ¡de veras! nada.

HEDDA.—¡No ha de haber! Hay todavía muchas cosas. Veo bastante claro para comprenderlo. Venga V. Vamos á sentarnos aquí y á hablar con franqueza.

(*La obliga á sentarse en un sillón, junto á la estufa, y se sienta ella en un taburete.*)

THEA. (*Mirando su reloj con inquietud.*)—Pero, querida mía..., yo pensaba irme ahora.

HEDDA.—¡Oh! ¡No tiene V. tanta prisa. Conque vamos á ver: cuénteme qué tal les va por allá.

THEA.—¡Ah! Es precisamente de lo que no quisiera que hablásemos.

HEDDA.—¡Bah! Conmigo, querida... ¡Por Dios! ¿No hemos sido compañeras de colegio?

THEA.—Sí, pero V. era de una clase superior á la mía. ¡Oh! ¡Qué miedo me daba V. entonces!

HEDDA.—¿Yo?

THEA.—Sí, un miedo terrible. Como

al encontrarme en la escalera tenía V. la costumbre de tirarme del pelo...

HEDDA.—¿Puede?

THEA.—¡Vaya! Hasta me dijo V. una vez que tenía ganas de quemármelo.

HEDDA.—¡Oh! Cosas de chica.

THEA.—Sí, pero como yo era tan tonta entonces... Y ya después hemos vivido tan alejadas... Pertenecemos á esferas tan distintas...

HEDDA.—Bien, pues procuremos acercarnos de nuevo. ¡Verá V.! En el colegio nos tuteábamos y nos llamábamos por nuestros nombres de bautismo...

THEA.—¡No! Debe V. estar equivocada.

HEDDA.—Nada de eso. Me acuerdo perfectamente. Pues bien, es preciso que volvamos á ser amigas íntimas como entonces. (*Aproxima su taburete al sillón.*) ¡Vamos! (*La besa en la mejilla.*) Ahora vas á tutearme y á llamarme Hedda.

THEA. (*Acariciándole las manos y estrechándolas entre las suyas.*)—¡Ah! ¡Tanto agrado y tanta bondad!... Es una cosa á que estoy bien poco acostumbrada.

HEDDA.—¡Vamos, vamos! Y yo te tutearé también y te llamaré querida Thora.

THEA.—Me llamo Thea.

HEDDA.—Sí, sí, ya sé. Quería decir Thea. (*Mirándola con interés.*) Con que dices que no estás acostumbrada á que te traten con agrado y bondad, ¿eh, Thea? ¿En tu casa...?

THEA.—¡Oh! ¡Como si yo tuviese casa! No la tengo. No la he tenido nunca.

HEDDA. (*Mirándola un instante.*)—Presentía algo de eso.

THEA.—¡Oh! ¡Sí... sí... sí!

HEDDA.—No recuerdo bien ahora... Pero al principio, ¿no entraste como ama de llaves en la casa del juez de paz Elvsted?

THEA.—No. Realmente entré de aya. Pero su mujer... su primera mujer... andaba malucha... estaba en cama casi siempre; de manera que á poco tuve que encargarme de la casa.

HEDDA.—Pero vamos á cuentas... Esa casa ha acabado por ser la tuya.

THEA.—Sí, ha venido á ser la mía.

HEDDA.—Bueno. Sigamos. ¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde entonces?

THEA.—¿Desde mi matrimonio?

HEDDA.—Sí.

THEA.—Cinco años.

HEDDA.—Sí, eso es.

THEA.—¡Oh! ¡Qué cinco años!... Sobre todo los dos ó tres últimos. ¡Ah! ¡Si V. supiese!...

HEDDA. (*Dándole un golpecito en la mano.*)—¿V.? ¡Ay, ay, Thea!

THEA.—No, no, yo trataré de acostumbrarme. Sí, si tú pudieses comprender...

HEDDA.—Eylert Loevborg ha pasado allí también estos tres últimos años, ¿no es eso?

THEA. (*Mirándola turbada.*)—¿Eylert Loevborg? Sí, eso es.

HEDDA.—¿Lo conocías ya cuando vivías en la ciudad?

THEA.—Apenas. Es decir, lo conocía de nombre, naturalmente.

HEDDA.—Pero allí, ¿ha formado parte de la casa?

THEA.—Sí, iba todos los días. Daba lecciones á los niños. A la larga yo no podía bastar para todo.

HEDDA.—Claro, eso se cae de su peso. ¿Y tu marido? Por supuesto, ¿siempre estará de viaje?

THEA.—Sí. Como V.... como tú comprendes, siendo juez de paz, tiene que hacer frecuentes viajes por el distrito.

HEDDA. (*Apoyándose en el brazo del sillón.*)—Thea, pobre Theita, ahora vas á decirme toda, toda la verdad.

THEA.—Corriente. Pregunta, que yo te responderé.

HEDDA.—Sepamos: la manera de ser de tu marido con respecto á ti... ¿qué tal en el fondo? ¿Es bueno?

THEA. (*Sin convicción.*)—El cree proceder sin duda de la mejor manera.

HEDDA.—Me parece que debe tener demasiada edad para ti. Habrá sus veinte años de diferencia entre vosotros.

THEA. (*Irritada.*)—Sí, eso... y mil cosas. ¡Todo me es antipático en él! No coincidimos en un solo pensamiento, no nos entendemos en nada.

HEDDA.—Pero, ¿te quiere, á pesar de todo... á su manera?

THEA.—¡Qué sé yo que te diga! Le soy útil, y pare V. de contar. Luego, se me mantiene con poca cosa. No salgo cara.

HEDDA.—Pues es obrar como una tontita, hija.

THEA. (*Moviendo la cabeza.*)—No puedo obrar de otro modo... al menos con él. No tiene verdadero cariño á nadie más que á sí propio, y algo quizá á los niños.

HEDDA.—¿Y á Eylert Loevborg, Thea?

THEA.—¡A Eylert Loevborg! ¿De dónde sacas eso?

HEDDA.—Pues, hija... cuando te envía en su busca... me parece que... (*con una sonrisa casi imperceptible.*) Y además tú misma acabas de decírselo á Tesman.

THEA. (*Con una sacudida nerviosa.*)—¿Yo? Y eso que sí, se lo he dicho. (*Con pasión contenida.*) No, tanto me da confesártelo ahora como después. De todos modos ha de saberse.

HEDDA.—¿Pero, querida Thea...?

THEA.—He aquí el caso en dos palabras: he venido sin saberlo mi marido.

HEDDA.—¿Qué estás diciendo! ¿Sin saberlo tu marido?

THEA.—Naturalmente. Además, no estaba en casa; andaba también de viaje. ¡Oh! ¡Yo no podía aguantar más, Hedda! ¡Era absolutamente imposible! Aquella soledad en que iba á encontrarme en adelante...

HEDDA.—Bien, ¿y tú...?

THEA.—Pues nada. Hice mi equipaje... lo estrictamente necesario, como comprendes. Y con mucho sosiego me salí de la casa.

HEDDA.—¿Así... tan tranquila?

THEA.—Eso. Y tomé el tren que me ha traído.

HEDDA.—Pero, querida Thea, ¿cómo te has atrevido á hacer tal cosa?

THEA. (*Levantándose y atravesando la escena.*)—Pero, ¡en nombre del cielo! ¿Qué me quedaba que hacer?

HEDDA.—¿Y qué dirá tu marido cuando vuelvas?

THEA. (*Deteniéndose delante de la mesa*

y mirando á Hedda.)—¿Allá... á su casa?

HEDDA.—¿Pues claro!

THEA.—Jamás volveré á su casa.

HEDDA. (*Levantándose y acercándose á ella.*)—¿De modo que la marcha es en serio?

THEA.—Sí. He creído que no me quedaba más partido que ese.

HEDDA.—¿Y cómo has podido marcharte tan sin reservas?

THEA.—¡Oh! Estas cosas no pueden ocultarse nunca.

HEDDA.—Pero, ¿qué dirá la gente, Thea?

THEA.—¡Ah! Que diga lo que quiera. (*Se deja caer en el sofá con aire de abatimiento.*) No he hecho más que lo que debía hacer.

HEDDA. (*Después de una breve pausa.*)—Pero, ¿qué va á ser de ti ahora? ¿Cuáles son tus proyectos?

THEA.—No los tengo aún. Sólo sé que, si he de vivir, ha de ser donde esté Eylert Loevborg.

HEDDA. (*Acercando una de las sillas que hay junto á la mesa, se sienta al lado de Thea y le acaricia las manos.*)—¿Cómo habéis llegado Eyler y tú á esa... esa amistad?

THEA.—¡Oh! Poco á poco. Yo adquirí cierto poder sobre él.

HEDDA.—¿De veras?

THEA.—Renunció á sus antiguos hábitos. No es que yo se lo rogase; no me hubiera atrevido nunca. Pero él notó que me disgustaban, y eso bastó para que cambiase de conducta.

HEDDA. (*Esforzándose por contener una sonrisa burlona.*)—¿De modo que tú

lo has levantado, como suele decirse, Theita?

THEA.—Eso dice al menos el mismo Eyler. Y él, por su parte, ha hecho de mí un ser completo. Me ha enseñado á pensar, á reflexionar sobre muchas cosas.

HEDDA.—¿Quizá te habrá dado lecciones también á ti?

THEA.—Lecciones precisamente, no. Pero me hablaba de una infinidad de cuestiones. ¡Luego vinieron aquellos días de ventura, aquellos días deliciosos, en que pude tomar parte en su trabajo! Porque he tenido la suerte de ser su auxiliar.

HEDDA.—¡Hola! ¿Te lo ha permitido?

THEA.—Sí, siempre que escribía algo, quería que trabajase con él.

HEDDA.—Como buenos compañeros, ¿no es eso?

THEA. (*Animándose.*)—¡Como buenos compañeros! ¡Sí, Hedda! Eso es lo que él decía. ¡Oh! ¡Yo debería considerarme tan dichosa! Pero no puedo. No sé si esto podrá durar mucho.

HEDDA.—¿Tan poco segura estás de él?

THEA. (*Penosamente.*)—Entre Eylert Loevborg y yo se alza la sombra de una mujer.

HEDDA. (*Mirándola febrilmente.*)—¿Quién puede ser?

THEA.—No sé. Alguna que conocería hace tiempo y á quien no puede olvidar sin duda.

HEDDA.—Y... ¿cómo ha llegado á hablarte de esa mujer?

THEA.—Una sola vez, de pasada, hizo alusión á ese recuerdo.

HEDDA.—Bien, pero, ¿qué te dijo?

THEA.—Me dijo que en el momento de la separación ella estuvo á punto de dispararle un pistoletazo.

HEDDA. (*Friamente, dominándose.*)—¡Eh! ¡Qué tonterías! Entre nosotros no pasan esas cosas.

THEA.—No. Por eso me inclino á creer que debe ser esa cantante de pelo rojo...

HEDDA.—Es posible.

THEA.—Me acuerdo de haber oído, en efecto, que lleva siempre una pistola cargada.

HEDDA.—Entonces, ella es.

THEA.—Sí, Hedda; pero he sabido que esa cantante está de vuelta. ¡Está aquí! ¡Oh! ¡Es una verdadera desesperación!

HEDDA. (*Dirigiendo una mirada hacia el cuarto del fondo.*)—¡Cht! Viene Tesman. (*Se levanta y dice cuchicheando.*) Thea, todo esto debe quedar entre nosotras.

THEA. (*Sobresaltada.*)—¡Oh, sí, por Dios!

(*Tesman, con una carta en la mano, entra por la puerta derecha de la pieza del fondo.*)

TESMAN.—Aquí está la carta. No hay más que enviarla.

HEDDA.—Muy bien! Pero creo que la señora desea marcharse. Aguarda un poco. Voy á acompañarla hasta la puerta del jardín.

TESMAN.—Oye, Hedda... ¿No podríamos mandar á Berta?

HEDDA. (*Cogiendo la carta.*)—Voy á dársela.

(*Entra Berta por la puerta del vestíbulo.*)

BERTA.—El asesor, señor Brack, desea ver á los señoritos.

HEDDA.—Está bien. Que entre el señor asesor. Oiga V.: y luego vaya á echar esta carta.

BERTA. (*Tomando la carta.*)—Sí, señora.

(*Vase Berta, después de entrar el asesor. Brack es un hombre de cuarenta y cinco años, bajo, robusto y de movimientos flexibles. Cara redonda, de noble perfil. Pelo corto, negro, con un matiz gris ligerísimo y esmeradamente rizado. Mirada viva, despierta. Cejas muy pobladas y lo mismo la perilla. Traje de paseo, elegante, pero más propio de un joven que de un hombre de su edad. Usa un binóculo que deja caer de cuando en cuando.*)

BRACK. (*Entra con el sombrero en la mano y saluda.*)—¿Se permite presentarse tan temprano?

HEDDA.—Se permite. No faltaba más.

TESMAN. (*Estrechándole la mano.*)—A V. siempre se le ve con gusto. (*Presentando.*) El asesor señor Brack, señorita Rysing.

HEDDA.—¡Oh!

BRACK. (*Inclinándose.*)—¡Ah! Celebro mucho...

HEDDA. (*Lo mira sonriendo.*)—Es tan singular verlo á V. á la luz del día...

BRACK.—¿Cambiado, no es cierto?

HEDDA.—Sí, un poco más joven, me parece.

BRACK.—Mil gracias.

TESMAN.—Pero, ¿qué dice V. de Hedda? ¿Eh? ¿No tiene un aspecto espléndido?

HEDDA.—Vamos, déjame en paz. Lo que has de hacer es dar las gracias al asesor por el trabajo que se ha tomado.

BRACK.—¡Qué niñería! Un verdadero placer.

HEDDA.—Sí, V. es un corazón fiel. Pero dispense. Esta amiga está impaciente por marcharse. Hasta ahora, asesor. Vuelvo en seguida.

(*Cambio de saludos. Vanse Tea y Hedda por la puerta del vestíbulo.*)

BRACK.—Con que dígame V.: ¿está contenta su señora?

TESMAN.—Sí, no sabemos cómo agradecerle... Habría que hacer, es verdad, algunos cambios. Faltan ciertas cosas. Tenemos en perspectiva algunas adquisiciones menudas.

BRACK.—¡Ah! ¿Sí?

TESMAN.—Pero eso no ha de causarle á V. molestias. Hedda quieré completar lo que falta. ¿Nos sentaremos, si le parece, eh?

BRACK.—Gracias. Un momentito. (*Sentándose junto á la mesa.*) Quisiera hablar á V. de una cosa, señor Terman.

TESMAN.—Sí, ya supongo. (*Se sienta.*) Se trata, á no dudar, del lado serio de la fiesta, ¿eh?

BRACK.—¡Oh! La cuestión de dinero no urge todavía. Sin embargo, yo hubiera querido que nos hubiésemos arreglado con alguna más sencillez.

TESMAN.—¡Pero eso no era posible! ¡Piense en Hedda, amigo mío, V. que

la conoce también! Yo no iba á tenerla como una mujer ordinaria.

BRACK.—No, no, ese es el punto de la dificultad.

TESMAN.—Sobre que, á Dios gracias, mi nombramiento no puede hacerse esperar mucho.

BRACK.—Ya sabe V...: esas cosas suelen eternizarse.

TESMAN.—Tendría V. por casualidad alguna noticia, ¿eh?

BRACK.—A punto fijo, nada. (*Variando de tono.*) Pero, cabal. Tengo una noticia que darle.

TESMAN.—¿Qué?

BRACK.—Que ha vuelto su antiguo amigo Eylert Loevborg.

TESMAN.—Ya lo sabía.

BRACK.—¿De veras? ¿Quién se lo ha dicho á V.?

TESMAN.—Esa señora que acaba de salir con Hedda.

BRACK.—¡Ah! ¿Cómo se llama? No he oído bien.

TESMAN.—Es la señora de Elvsted.

BRACK.—Muy bien; la mujer del juez de paz. Con ellos, efectivamente, es con quienes ha estado Loevborg todo este tiempo.

TESMAN.—¡Figúrese V.! ¡He oído decir, con gran alegría, que se ha arreglado en absoluto!

BRACK.—Sí, eso dicen.

TESMAN.—Y parece que ha publicado un nuevo libro, ¿eh?

BRACK.—¡Exacto!

TESMAN.—Y el libro ha producido sensación.

BRACK.—Sí, una sensación grandísima.

TESMAN.—¡Qué le parece á V.! Da gusto oírlo. Un hombre de tantas dotes... Y yo que tenía la triste certidumbre de que se había ido á pique para siempre.

BRACK.—Eso creía todo el mundo.

TESMAN.—Lo que no comprendo es lo que va á hacer ahora. Porque, en fin, ¿de qué quiere V. que viva? ¿Eh?

(*Durante las últimas palabras, ha entrado Hedda por la puerta del vestíbulo.*)

HEDDA. (*A Brack, con una sonrisita irónica.*)—A Tesman le preocupa siempre el saber de qué se vivirá.

TESMAN.—Hija, es que hablábamos de ese pobre Eylert Loevborg.

HEDDA. (*Lanzándole una mirada brusca.*)—¿Cómo? (*Se sienta en el sillón junto á la chimenea, y pregunta con tono indiferente.*) ¿Qué le ha sucedido?

TESMAN.—Poca cosa. Hace mucho tiempo que tiró su herencia por la ventana. El no puede escribir un nuevo libro cada año. ¿Eh? Pues por eso me pregunto qué va á ser de su persona.

BRACK.—Quizá yo podría decírselo á V.

TESMAN.—¡Ah!

BRACK.—Recuerde V. que tiene parientes de bastante influencia.

TESMAN.—¡Ay! Sus parientes le volvieron la espalda.

BRACK.—A pesar de eso, antes lo miraban como la esperanza de la familia.

TESMAN.—¡Sí, antes! Pero todo lo ha echado á perder con sus propias manos.

HEDDA.—¿Quién sabe? (*Con una leve sonrisa.*) ¿No le han regenerado allá, en casa de los Elvsted?

BRACK.—Y luego, ese libro que ha publicado...

TESMAN.—Sí, sí. Haga Dios que vayan en su auxilio de una u otra manera. Precisamente acabo de escribirle. Oye, Hedda, le he rogado que venga á casa esta noche.

BRACK.—Pero, querido, esta noche viene V. á cenar conmigo. Me lo prometió V. en el desembarcadero.

HEDDA.—¿Lo habías olvidado, Tesman?

TESMAN.—Confieso que sí. Lo había olvidado.

BRACK.—Aparte de todo, puede V. estar segurísimo de que no vendrá.

TESMAN.—¿Por qué cree V. eso? ¿Eh?

BRACK. (*Se levanta lentamente y pone las manos sobre el respaldo de la silla, después de dar la vuelta.*)—Querido Tesman... Y V. también, señora... Yo no puedo consentir que Vds. ignorasen una cosa... una cosa que...

TESMAN.—¿Qué se refiere á Eyler...?

BRACK.—Sí, á V. y á él.

TESMAN.—¡Veamos, querido asesor, veamos! Diga V.

BRACK.—Conviene que se haga V. á la idea de que su nombramiento puede no venir con toda la rapidez que V. desea y espera.

TESMAN. (*Sobresaltado.*)—¿Hay algún obstáculo? ¿Eh?

BRACK.—Puede que tenga V. que entrar en concurso para obtener la plaza...

TESMAN.—¡En concurso! ¡Habrás visto, Hedda!

HEDDA. (*Arrellenándose más en el sillón.*)—¡Oye, oye!

TESMAN.—Pero ¿con quién he de concurrir? ¿No puede ser con...?

BRACK.—Justamente. Con Eyler Loevborg.

TESMAN. (*Juntando las manos.*)—¡No, no, es inconcebible! ¡Es imposible! ¿Eh?

BRACK.—¡Hum! Y, sin embargo, quizá sucederá.

TESMAN.—No; pero oiga V., sería una falta inaudita conmigo. (*Accionando.*) ¡Ya ve V. que soy un hombre casado! Hedda y yo nos hemos casado, contando con esa perspectiva. Hemos gastado mucho dinero. Hasta hemos recibido prestado de tía Julia. Porque, en fin, Dios mío, me habían prometido casi esa plaza. ¿Eh?

BRACK.—Vamos, vamos, la plaza no se le escapará. Estoy seguro. Sólo que tendrá V. que concurrir para obtenerla.

HEDDA. (*Inmóvil en su sillón.*)—Pero, di, Tesman, eso es una especie de *sport*.

TESMAN.—Vamos, querida Hedda, ¿cómo puedes mirar esto tan indiferente?

HEDDA. (*Sin cambiar de tono.*)—No es verdad. Aguardo el resultado con el mayor interés.

BRACK.—En todo caso, señora, bueno es que V. esté al corriente. Quiero decir, antes de empezar las compras menudas que proyecta, según me dicen.

HEDDA.—No tiene que ver nada lo uno con lo otro.

BRACK.—¡Ah! Eso es otra cosa. Adiós.

(A Tesman.) Esta tarde, de paseo, vendré por V.

TESMAN.—Sí, sí. ¡Ah! Ya no sé lo que me pasa.

HEDDA. (*Alargando la mano á Brack, sin cambiar de postura.*)—Adiós, asesor. O, más bien, hasta luego. Bien venido.

BRACK.—Mil gracias. Adiós, adiós.

TESMAN. (*Acompañándolo hasta la puerta.*)—¡Adiós, mi querido asesor! Tiene V. que dispensarme...

(*Vase Brack por la puerta del vestíbulo.*)

TESMAN. (*Volviendo hacia el fondo.*)—¡Ay, Hedda! Nunca debería uno meterse en aventuras. ¿Eh?

HEDDA. (*Mirándolo y sonriendo.*)—¿Lo dices por ti?

TESMAN.—Sí, Hedda. ¿A qué negarlo? Aventura es casarse como nosotros lo hemos hecho y edificarlo todo sobre simples esperanzas.

HEDDA.—En eso quizá tienes razón.

TESMAN.—¡Ea! Por el pronto nadie nos quita esta deliciosa casa. Mírala... ¡la casa en que soñábamos juntos! Y aun puedo añadir que nos entusiasma de antemano. ¿Eh?

HEDDA. (*Levantándose lentamente, con apariencias de fatiga.*)—¿Se convino, no es cierto, en que haríamos vida de sociedad, que recibiríamos gente?

TESMAN.—Y ¡Dios sabe si me alegraba yo! Pues ¡si sólo con pensar en verte hacer los honores de la casa en medio de un círculo selecto...! ¿Eh? Sí, sí, sí.

De modo que hasta nueva orden tendremos que aislarnos, Hedda, tendremos que vivir solitos. Nada más que la tía Julia alguna que otra vez. ¡Ah, querida mía! ¡Tú que hubieras debido llevar una existencia tan diferente... tan completamente diferente...!

HEDDA.—Claro es que no se trata de tener en seguida un criado con librea.

TESMAN.—¡Ay, no! Un criado... ya ves... no puede pensarse en tal cosa.

HEDDA.—Y ese caballo de silla que yo me esperaba...

TESMAN. (*Asustado.*)—¡Un caballo de silla!

HEDDA.—Ahora no me atrevo siquiera á pensar en eso.

TESMAN.—¡Ah, ya lo creo que no!

HEDDA.—¡En fin! Siempre me queda alguna cosa para entretenerme entre tanto.

TESMAN. (*Radiante de alegría.*)—¡Benito sea Dios! ¿Y el qué, Hedda?

HEDDA. (*Cerca de la puerta, mirándolo con una burla disimulada.*)—Mis pistolas, Jorge.

TESMAN. (*Con inquietud.*)—¿Tus pistolas?

HEDDA. (*Con una mirada fría.*)—Las pistolas del general Gabler.

(*Vase por la puerta izquierda de la pieza del fondo.*)

TESMAN. (*Corriendo detrás, le grita desde la puerta.*)—¡Querida Hedda! ¡Dios mío! ¡Por favor, no toques esas armas tan peligrosas! ¡Hazlo por mí, Hedda! ¿Eh?

ACTO SEGUNDO •

Se desarrolla durante la tarde. La misma decoración del primer acto. Sólo que se ha sustituido el piano con un elegante escritorio coronado por una pequeña estantería de libros, y á la izquierda se ha colocado una mesita cerca del sofá. La mayoría de los ramos han desaparecido. El de Thea se halla en la mesa grande del centro.

(Hedda sola, en traje de ciudad. De pie, delante de la puerta-vidriera abierta, carga una pistola. Se ve otra enteramente semejante en una caja abierta que hay sobre el escritorio.)

HEDDA. (*Dirige una mirada al jardín, y exclama:*) — ¡Buenos días, señor asesor!

BRACK. (*Respondiendo desde cierta distancia.*)—Buenos días, señora.

HEDDA. (*Levanta la pistola y apunta.*) — ¡Cuidado, asesor Brack! ¡Voy á matarlo!

BRACK. (*Gritando desde abajo.*)—¡No, no, no! ¡Que no me apunte V. así!

HEDDA.—Esto para cuando se entra por la puerta chica. (*Hace fuego.*)

BRACK. (*Desde más cerca.*)—¡V. está loca, me parece!...

HEDDA.—¡Ah, Dios mío! ¿Le habré dado á V.?

BRACK. (*Siempre desde fuera.*)—¡Acabe V., pues, con esas locuras!

HEDDA.—¡Vamos! Entre, asesor.

(*Entra Brack por la puerta-vidriera. Va de redingote, y lleva al brazo un ligero sobretodo.*)

BRACK.—¡Caramba! ¿Todavía sigue V. cultivando ese ejercicio? ¿A qué tira V.?

HEDDA.—¡Oh! A nada. Me entretengo en tirar al aire, al cielo azul.

BRACK. (*Quitándole con precaución la pistola.*)—Permita V., señora. (*Dirigiendo una mirada en torno de sí.* ¿Dónde está la caja? ¡Ah! Ya la veo. (*Mete la pistola en la caja, y cierra.*) ¡Tregua á estas chanzas por hoy!

HEDDA.—Pero, Dios mío, ¿qué quiere V. que haga para distraerme?

BRACK.—¿No han venido visitas?

HEDDA. (*Cerrando la puerta vidriera.*) —Ni una. Todos los íntimos están aún en el campo.

BRACK.—¿Y Tesman ha salido, verdad?

HEDDA. (*Guardando la caja de pistolas en un cajón del escritorio.*)—Sí. Apenas acabó de comer, corrió á casa de sus tías. No lo esperaba á V. tan temprano.

BRACK.—¿Cómo no se me habrá ocurrido? ¡Qué estupidez!

HEDDA. (*Volviendo la cabeza para mirarlo.*)—¿Por qué es una estupidez?

BRACK.—Porque entonces hubiese venido todavía un poco antes.

HEDDA. (*Atravesando la escena.*)—Se hubiese V. encontrado sin nadie. Después de comer yo me marché á mi cuarto para cambiar de traje.

BRACK.—¿Y no habría en la puerta una rendijita por donde se pudiese lamentar?

HEDDA.—No, puesto que olvidó V. ese detalle.

BRACK.—Otra estupidez mía.

HEDDA.—No nos queda ya más que

sentarnos y esperar á Tesman, que no volverá tan pronto.

BRACK.—Dios mío, yo procuraré tener paciencia. (Hedda se sienta en la esquina del sofá. Brack deja su sobretodo en el respaldo de una silla, y se sienta conservando en la mano el sombrero. Una breve pausa. Se miran.)

HEDDA.—¿Qué dice V.?

BRACK. (En el mismo tono.)—Y V. ¿qué dice?

HEDDA.—Yo soy quien he preguntado la primera.

BRACK. (Inclinándose ligeramente hacia adelante.)—¡Eso es! Y así podemos seguir hasta el día del juicio.

HEDDA. (Recostándose más en el sofá.)—¿No le parece á V. que hace una eternidad que no hemos hablado el uno con el otro? Las pocas palabras de ayer noche y de esta mañana no entran en cuenta.

BRACK.—Quiere V. decir... á solas, como en este instante.

HEDDA.—Sí... sobre poco más ó menos.

BRACK.—No ha pasado un solo día sin que yo desease verla volver.

HEDDA.—Le juro que yo también lo he deseado continuamente.

BRACK.—¿V.¿? ¿Cómo es posible, señora? ¡Y yo que creía que se habían divertido Vds. tanto durante el viaje!

HEDDA.—¿V. ha creído eso?

BRACK.—Tesman no cesaba de repetirlo en sus cartas.

HEDDA.—¡Eh! ¡Lo creo! No tiene mayor alegría que andar revolviendo bibliotecas, pasarse horas copiando rancios pergaminos... ¡Dios sabe qué, en fin!

BRACK. (Con un asomo de malicia.)—Hay que advertir que ese es su oficio en este bajo mundo. En parte al menos.

HEDDA.—Sí, es verdad. Y al cabo de cuentas todo eso se explica. ¡Pero yo...! ¡Oh no, mi querido asesor, yo me he aburrido soberanamente!

BRACK. (Con tono de conmiseración.)—Pero ¿así? ¿tanto?

HEDDA.—¡Pues no...! ¡Y es fácil de comprender!... ¡Todo un medio año sin ver un alma de nuestro círculo íntimo!... ¡Nadie con quien hablar de nuestras cosas!

BRACK.—Sí, sí, para mí también hubiese sido una privación.

HEDDA.—Y luego, lo más insoportable de todo era...

BRACK.—¿Era?

HEDDA.—Estar siempre, eternamente con la misma persona.

BRACK. (Moviendo la cabeza en señal de asentimiento.)—¡En efecto! Me figura lo que debe ser. Todo el tiempo y á todas las horas posibles, ¿no es eso?

HEDDA.—He dicho: siempre, eternamente.

BRACK.—Es verdad; pero con nuestro excelente Tesman bien me parece que se podría...

HEDDA.—Tesman es un especialista, amigo mío.

BRACK.—Justo.

HEDDA.—Y los especialistas no son muy divertidos de viaje... al menos, á la larga.

BRACK.—¿Ni siquiera un especialista... á quien se ama?

HEDDA.—¡Uf! No emplee V. esa palabra tan repulsiva.

BRACK. (*Sobresaltado.*) — ¡Pero, señora!...

HEDDA. (*Entre risueña y enojada.*) — ¡Sí, allí le quisiera ver á V.! ¡Oír hablar de la historia de la civilización desde la mañana hasta la noche!

BRACK.—Siempre, eternamente...

HEDDA.—¡Sí, sí, sí! ¡Y la industria doméstica en la Edad Media!... ¡Ah! ¡Eso, mire V., eso es lo peor de todo!

BRACK. (*Con una mirada escrutadora.*) — Pero, dígame V., ¿cómo se explica entonces...?

HEDDA.—¿Que nos hayamos uncido al mismo yugo Jorge Tesman y yo? ¿Es eso lo que V. quiere decir?

BRACK.—Bien, pues eso. Si cabe hablar de tal manera...

HEDDA.—¡Vaya por Dios! ¿Tan extraordinario le parece?

BRACK.—Sí y no, señora.

HEDDA.—Yo estaba cansada ya de la fiesta, mi querido asesor. Había pasado mi tiempo. (*Estremeciéndose ligeramente.*) ¡Oh no!... ¡No quisiera decir eso, ni aun pensarlo!

BRACK.—Ningún motivo tiene V.

HEDDA.—¡Oh!... eso. (*Con mirada escudriñadora.*) Y en cuanto á Jorge Tesman, ¿puede decirse, ¿no es verdad?, que es un hombre correcto en todos sentidos?

BRACK.—Correcto y arreglado. Es cierto.

HEDDA.—Tampoco puede decirse que sea lo que se llama ridículo, ¿no es verdad?

BRACK.—¡Ridículo! No, no; precisamente eso, no...

HEDDA.—En todo caso, es un coleccionador diligentísimo. Con el tiempo quizá vaya lejos.

BRACK. (*Mirándola indeciso.*) — Yo creía que V. lo daba por seguro, como todo el mundo: generalmente se tiene á Tesman por un hombre de gran porvenir.

HEDDA. (*Con expresión de lasitud.*) — Sí, yo también lo he creído. Y como él quería á todo trance tener el derecho de asegurar mi porvenir, no veo que fuese cosa de negarme.

BRACK.—Sí, por ese lado...

HEDDA.—Siempre era más que lo que estaban dispuestos á hacer mis otros adoradores, querido asesor.

BRACK. (*Sonriendo.*) — No puedo responder de los otros, dicho se está; pero en cuanto á mí, bien sabe V. que, en principio, siempre me he mantenido á respetuosa distancia de los lazos matrimoniales.

HEDDA. (*En tono burlón.*) — 'Por eso nunca fundé esperanzas en V.

BRACK.—Todo lo que yo pido es una sabrosa intimidad que me permita ser útil en palabras y acciones, ir y venir como amigo de confianza.

HEDDA.—Con el marido, ¿no es eso?

BRACK. (*Inclinándose.*) — A decir verdad, con la mujer sobre todo. Y con el marido también, naturalmente. Sepa V. que una combinación de este género, que llamaré, si V. quiere, triangular, está llena de atractivos para los tres.

HEDDA.—Es verdad. Más de una vez me ha faltado un tercero durante el viaje. ¡Oh! ¡Aquellos solos en los cués!

BRACK.—Afortunadamente se acabó el viaje de bodas.

HEDDA. (*Moviendo la cabeza.*)—El viaje será probablemente largo..., muy largo. Todavía no estoy más que en una estación.

BRACK.—Momento oportuno para bañarse y hacer un poco de ejercicio. ¿No es así?

HEDDA.—Jamás saldré del vagón.

BRACK.—¿Está V. segura?

HEDDA.—Sí, porque nunca falta quien...

BRACK. (*Sonriendo.*)—Quien ande en acecho de tobillos, ¿eh?

HEDDA.—Precisamente.

BRACK.—¡Ah! ¡Por Dios!

HEDDA. (*Deteniéndolo con un ademán.*)—Eso no me gusta. Entonces prefiero quedarme en mi sitio.

BRACK.—¿Pero si subiese al cupé un tercero?

HEDDA.—¡Ah! ¡Sería diferente!

BRACK.—Un amigo de confianza, perspicaz.

HEDDA.—Lleno de ingenio y de interés.

BRACK.—¡Y que no fuese especialista, ni por asomo!

HEDDA. (*Suspirando profundamente.*)—¡Ah! ¡Sería un verdadero alivio!

BRACK. (*Dirigiendo los ojos hacia la puerta de entrada, que ha sido abierta.*)—Ahora se cierra el triángulo.

HEDDA. (*A media voz.*)—Y vuelve á marchar el tren.

(Jorge Tesman, en traje de paseo, color gris y con sombrero de fieltro blando á la cabeza, entra por la puerta del vestíbulo, llevando una porción de libros en rústica,

unos debajo del brazo y otros en los bolsillos.)

TESMAN. (*Dirigiéndose á la mesa colocada delante del sofá del rincón.*)—¡Uf! ¡Qué calor, cuando se pasea con esto! (*Deja los libros.*) Vengo sudando literalmente, Hedda. Pero, ¿qué veo? ¿V. aquí ya, mi querido asesor, eh? Berta no me había dicho una palabra.

BRACK. (*Levantándose.*)—He entrado por el jardín.

HEDDA.—¿Qué montón de libros es ese?

TESMAN. (*De pie, hojeando.*)—Algunas obras especiales que necesitaba.

HEDDA.—¿Obras especiales?

BRACK.—¡Ah, sí! ¡Obras especiales! ¿Oye V., señora?

(Brack y Hedda cambian una sonrisa de inteligencia.)

HEDDA.—¿Necesitas aún muchas obras de esas?

TESMAN.—Sí, querida Hedda; nunca se tienen bastantes. ¿No hay que estar al corriente de todo lo que se escribe é imprime?

HEDDA.—Por supuesto, hay que estar al corriente de todo.

TESMAN. (*Buscando entre los libros.*)—¡Mira! He conseguido echar mano al nuevo libro de Eylert Loevborg. (*Presentándoselo.*) ¿Quieres verlo?

HEDDA.—No, gracias. O puede que sí, después.

TESMAN.—Lo he hojeado un poco por el camino.

BRACK.—¿Y qué? V., especialista, ¿qué dice?

TESMAN.—Me parece que revela una

concentración notable de pensamiento. Hasta aquí nunca había escrito él de este modo. (*Recogiendo los libros.*) Ahora voy á llevarme todo esto. Será un placer cortar las hojas. Y luego tendré que arreglarme un poco. (*A Brack.*) Diga V.: ¿no nos iremos todavía, eh? Es muy pronto.

BRACK.—No, no corre prisa; tenemos tiempo.

TESMAN.—Perfectamente. Podré entretenerme un rato. (*Va á marcharse con los libros, pero se para en el umbral de la puerta y se vuelve.*) Eso es... Edda, tía Julia no vendrá esta noche.

HEDDA.—¡Ah! ¿Quizá no ha digerido todavía lo del sombrero?

TESMAN.—Nada de eso. ¿Cómo puedes creerlo de tía Julia? Di. Es que tía Rina está muy mal.

HEDDA.—Siempre está muy mal.

TESMAN.—Sí, pero esta tarde la pobre la está pasando muy amarga.

HEDDA.—¡Ah! Siendo así, se comprende que la otra se quede á su lado. Yo trataré de consolarme.

TESMAN.—Y, á pesar de todo, no puedes figurarte qué inmensa alegría ha tenido tía Julia al ver lo que has ganado durante el viaje.

HEDDA. (*Levantándose, á media voz.*) —¡Ah! ¡Qué hartazgo de tías!

TESMAN.—¿Eh?

HEDDA. (*Acercándose á la puerta vi-
driera.*) Nada.

TESMAN.—¡Ah...! Bien.

(*Pasa á la pieza del fondo, y vase por la derecha.*)

BRACK.—¿Qué sombrero es ese de que habla V.?

HEDDA.—¡Oh! Es una cosa que me sucedió esta mañana con la tía de Tesman. Había dejado el sombrero sobre una silla (*Mira á Brack y sonríe*), y yo hice como si creyese que era el de la criada.

BRACK. (*Moviendo la cabeza.*)—¡Pero, amiga mía! ¿Cómo ha podido V. hacer eso con aquella buena señora?

HEDDA. (*Nerviosa, atravesando la escena.*)—¡Qué quiere V! Son cosas que me dan así, de repente. No puedo dominarme. (*Dejándose caer en el sillón colocado junto á la estufa.*) ¡Ah! Yo misma no acierto á explicármelo.

BRACK. (*Detrás del sillón.*)—V. no es feliz. He ahí todo el secreto.

HEDDA. (*Mirando de frente.*)—¡Dios mío! No sé por qué había de ser feliz. ¿Podría V. decírmelo?

BRACK.—Pues, entre otras cosas, porque ha conseguido V. lo que quería. Hablo de su casa.

HEDDA. (*Lo mira y sonríe.*)—¿De modo que V. también cree en esa historia de deseos realizados?

BRACK.—¿Cómo? ¿No habría en ello nada de verdad?

HEDDA.—Sí, una sola cosa.

BRACK.—¿Qué?

HEDDA.—Que necesité de Tesman para que me acompañase á casa este último verano, cuando estuve de reunión.

BRACK.—¡Ay! Yo tenía que tomar un camino distinto... del de V.

HEDDA.—Cierto. V. seguía otro camino... el verano último.

BRACK. (*Sonriendo.*)—¡No tiene V. aprensión, señora! Pero vamos á ver. ¿Decíamós que V. y Tesman...?

HEDDA.—Sí. Pasábamos por aquí una noche. Mi pobre Tesman iba vendido, sin saber qué decir. A mí me dió lástima el pobre sabio.

BRACK. (*Con una sonrisa de duda.*)—¿De veras? ¡Hum!

HEDDA.—Le suplico á V. que lo crea. Entonces, para tenderle una tabla, cometí la ligereza de decir que me gustaría vivir en esta quinta.

BRACK.—¿Nada más?

HEDDA.—Aquella noche, no.

BRACK.—Pero después, ¿eh?

HEDDA.—Sí, mi querido asesor, mi ligereza ha tenido consecuencias.

BRACK.—¡Ay! Eso pasa con la mayoría de nuestras ligerezas, señora.

HEDDA.—¡Gracias! Pero ya ve V. que nuestra inteligencia empezó por una admiración común hacia la quinta de la señora de Falk. Las relaciones, el matrimonio, el viaje de bodas, todo no ha sido más que una consecuencia. Sí, sí, mi querido asesor, casi iba á decir que cada cual recoge lo que siembra.

BRACK.—¡Adorable! Y en el fondo quizá no se habrá ocupado V. nunca de nada de eso.

HEDDA.—¡Dios sabe que no!

BRACK.—¿Pero hoy? ¿Hoy que le hemos arreglado á V. un nidito tan mono?

HEDDA.—¡Puf!... Me parece que respiro en todos los cuartos olor á espliego y almizcle. Lo habrá traído á la casa tía Julia.

BRACK. (*Sonriendo.*)—No. Debe proceder más bien de la difunta esposa del consejero Falk.

HEDDA.—Sí, trasciende á muerto, y trae á la imaginación un olor de flores al día siguiente de un baile. (*Cruza las manos detrás de la nuca, se recuesta en el respaldo de la silla, y mira al asesor.*) ¡Ah, mi querido asesor! V. no puede tener idea del aburrimiento mortal que me espera en esta casa.

BRACK.—¿Es que no encierra la vida un objeto para V., como para los demás?

HEDDA.—Un objeto poco seductor, ¿no es cierto?

BRACK.—Sí, más valdría.

HEDDA.—Dios sabe qué objeto podría ser ese. A veces pienso... ¡Pero no! Es otro imposible, sin duda.

BRACK.—¿Quién sabe? Diga V.

HEDDA.—¿Si yo lanzase á Tesman á la política?

BRACK. (*Sonriendo.*)—¡Tesman! No, ya comprende V. que la política no es su fuerte.

HEDDA.—No, lo creo sin trabajo. Con todo, ¿si lo lanzase á ella?

BRACK.—Sí, pero, ¿qué iba V. ganando con eso? ¡Si él no tiene aptitudes! ¿Para qué quiere V. meterlo en esos trotes?

HEDDA.—¡Porque me aburro! ¿Lo oye V.? (*Después de una breve pausa.*) ¿De suerte que V. cree completamente imposible que Tesman llegue á ser consejero de Estado?

BRACK.—Le diré á V., amiga mía, para eso sería menester que empezase por ser bastante rico.

HEDDA. (*Levantándose con impaciencia.*)—¡Ah! ¡Ya estamos! ¡Y yo tendré que vivir ahora en estas miserables

condiciones! (*Atravesando la escena.*) ¡He ahí lo que convierte la vida en una cosa lastimosa, en una cosa simplemente ridícula! Esa es la verdad.

BRACK.—Yo creo que el mal está en otra parte.

HEDDA.—¿Dónde?

BRACK.—V. no ha conocido nunca nada que encierre un verdadero estímulo.

HEDDA.—¿Nada serio, quiere V. decir?

BRACK.—¡Bien! ¡Pues, ya que V. lo dice, sí, señora! Pero ahora las cosas podrían variar.

HEDDA. (*Moviendo la cabeza.*)—¡Ah! ¡V. habla de todos los enojos que suscita ese miserable puesto de profesor! Eso no atañe más que á Tesman. Yo no pienso en ello siquiera.

BRACK.—No, no, no hablemos de eso. Pero ¿si recayesen sobre V. deberes serios, lo que se llama en estilo elevado grandes responsabilidades? (*Sonriendo.*) En fin, nuevos deberes, señora de Tesman.

HEDDA. (*Con cólera.*)—¡Calle V. la boca! ¡Eso no sucederá nunca!

BRACK. (*En actitud reflexiva.*)—Volveremos á hablar de esto dentro de un año, á más tardar.

HEDDA. (*Con sequedad.*)—No tengo la vocación necesaria, señor asesor. A mí que no me vengán á hablar de deberes.

BRACK.—¡Qué! ¿V. no tendría, como la mayor parte de las mujeres, vocación para...?

HEDDA. (*Junto á la puerta vidriera.*)—¡Dale! ¡Que se calle V., le digo! Mu-

chas veces creo que en el mundo no hay más que una profesión para mí.

BRACK. (*Acercándose á ella.*)—¿Cuál, si no hay inconveniente en preguntarlo?

HEDDA. (*Mirando hacia fuera.*)—La de morirme de hastio, puesto que se empeña V. en saberlo. (*Se vuelve, dirige una mirada hacia el cuarto del fondo, y sonríe.*) ¡Mire! Ahí tiene cabalmente al profesor.

BRACK. (*En voz baja, en tono de reconvencción.*)—¡Vamos, vamos, señora!

(*Tesman, en traje de visita, con el sombrero y los guantes en la mano, entra por la puerta derecha del cuarto del fondo.*)

TESMAN.—Pero di, Hedda, ¿no ha habido ninguna carta de Eylert Loevborg excusándose? ¿Eh?

HEDDA.—No.

TESMAN.—Entonces puedes esperar-te verlo entrar de un momento á otro.

BRACK.—¿Cree V. de veras que vendrá?

TESMAN.—Estoy casi seguro. Lo que V. me contó esta mañana no puede ser más que un dicho sin fundamento.

BRACK.—¿Sí?

TESMAN.—Sí. Por lo menos tía Julia cree absolutamente imposible que Loevborg se interponga en mi camino. V. ¿qué dice?

BRACK.—Entonces no hay más que pedir.

TESMAN. (*Dejando el sombrero con los guantes sobre una silla de la derecha.*)—Sí, pero necesito esperarlo todo lo posible.

BRACK.—Tenemos tiempo de sobra. Hasta las siete ó siete y media no va nadie á casa.

TESMAN. — Corriente. Entre tanto, podremos hacer compañía á Hedda hasta que llegue la hora. ¿Eh?

HEDDA. (*Cogiendo el sobretodo y el sombrero de Brack, y yendo á colocarlos en el sofá del rincón.*)—Y en el caso peor, el señor Loevborg podrá estar conmigo.

BRACK. (*Queriendo quitarle el sobretodo y el sombrero.*)—¡Permita V., señora! ¿Qué entiende V. por el caso peor?

HEDDA.—Si no quiere ir con V. y con Tesman.

TESMAN. (*Mirándola, con perplejidad.*)—Pero, querida Hedda, ¿te parece á ti bien que se quede contigo? ¿Eh? Acuérdate de que no vendrá tía Julia.

HEDDA.—Pero vendrá mi amiga Thea, y podremos tomar el té los tres.

TESMAN.—¡Ah! Eso es distinto.

BRACK. (*Sonriendo.*)—Y para él sería quizá lo más saludable.

HEDDA.—¿Y eso por qué?

BRACK.—¡Por Dios, señora! V. ha maldecido bastantes veces mis fiestas de solterón, sosteniendo que sólo pueden ir allí los hombres de principios.

HEDDA.—El señor Loevborg debe ser ahora un hombre de principios. ¡Un pecador convertido!

(*Aparece Berta en la puerta del vestíbulo.*)

BERTA.—Señorita, aquí hay un caballero que desea ser recibido.

HEDDA.—Que entre,

TESMAN. (*En voz baja.*)—Estoy seguro de que es él. ¿No lo decía?

(*Entra Eylert Loevborg por la puerta del vestíbulo. Es de la misma edad que Tesman, pero parece más viejo, como si hubiese vivido demasiado. Es delgado y esbelto. Tiene el pelo y la barba de un color castaño oscuro, casi negro; la cara, larga y pálida; los pómulos, rojos. Viste un traje de visita negro, elegante, enteramente nuevo, y lleva en la mano un sombrero de copa y guantes oscuros. Se detiene delante de la puerta y se inclina precipitadamente. Parece ligeramente turbado.*)

TESMAN. (*Yendo hacia él y estrechándole la mano.*)—¡Ah, mi querido Eylert! ¡Al fin nos volvemos á encontrar después de tantos años!

EYLERT LOEBORG. (*Con voz débil.*)—Gracias por tu carta. (*Aproximándose á Hedda.*) ¿Me atreveré igualmente á dar á V. la mano, señora?

HEDDA. (*Aceptándola.*)—Tengo mucho gusto, señor Loevborg. (*Con un ligero ademán de la mano.*) ¿No sé si estos señores...?

LOEBORG. (*Inclinándose.*)—El asesor Brack, creo.

BRACK. (*Lo mismo.*)—Sí, señor. Hace algunos años...

TESMAN. (*Apoyando las manos sobre los hombros de Loevborg.*)—¡Y ahora quiero que estés aquí como en tu casa, Eylert! ¿No es verdad, Hedda? Porque según me han dicho, te estableces en la ciudad, ¿eh?

LOEBORG.—Sí. Esa es mi intención.

TESMAN.—Lo comprendo. Oye, he

caído sobre tu nuevo libro; pero aún no he tenido tiempo de leerlo.

LOEVBORG.—Puedes ahorrarte la molestia.

TESMAN.—¿Qué quieres decir?

LOEVBORG.—La verdad: no vale gran cosa.

TESMAN.—¡Claro! ¿Tú qué has de decir?

BRACK.—Pues parece que se han hecho de él los mayores elogios.

LOEVBORG.—Eso es, en efecto, lo que yo quería. Por lo mismo, he escrito el libro de modo que estuviese al alcance de todo el mundo.

BRACK.—Cosa muy puesta en razón.

TESMAN.—¡Sí, pero, mi querido Eylert!

LOEVBORG.—Ahora trato de volver á crearme una posición, y empiezo por el principio.

TESMAN. (*Un poco turbado.*) — Sí. ¿Esa es tu intención, eh?

LOEVBORG.—(*Sonríe, deja el sombrero y saca del bolsillo un rollo de papel.*)—Pero, cuando aparezca esto, Jorge, habrá que leerlo. Porque este es mi libro, el verdadero, mi obra propiamente personal.

TESMAN.—¡Ah! ¿Y qué libro es ése?

LOEVBORG.—Es la continuación.

TESMAN.—¿La continuación de qué?

LOEVBORG.—Del libro publicado.

TESMAN.—¿Del nuevo?

LOEVBORG.—Naturalmente.

TESMAN.—Pero, mi querido Eylert, el nuevo llega hasta nuestros días.

LOEVBORG.—Es verdad. Y en el otro se trata del porvenir.

TESMAN.—¡Del porvenir! Pero, ¡Dios

poderoso! ¡Si de eso no sabemos absolutamente nada!

LOEVBORG.—¡No importa! Hay varias cosas que decir sobre el particular. (*Desenvuelve el rollo.*) Vas á ver.

TESMAN.—Pero esta no es tu letra.

LOEVBORG.—Yo he dictado. (*Hojeando.*) Hay dos partes. La primera trata de las potencias civilizadoras del porvenir. La segunda... ésta (*Hojeando más adelante*), de la marcha futura de la civilización.

TESMAN.—¡Extraño, extraño! A mí no se me hubiera ocurrido nunca escribir nada semejante.

HEDDA. (*A media voz, dando golpecitos con los dedos en un cristal de la puerta vidriera.*)—¡Ah! ¡De fijo que no!

LOEVBORG.—(*Envolviendo el manuscrito en el papel y dejándolo sobre la mesa.*)—Lo he traído para leerte esta noche algunos pasajes.

TESMAN.—Telo agradezco mucho. Pero ¿esta noche? (*Mirando á Brack.*) La verdad es que no sé cómo podría arreglarse.

LOEVBORG.—Bueno. Será otra vez. Nadie nos corre.

BRACK.—Le diré á V., señor Loevborg: esta noche hay una pequeña reunión en mi casa. Ya adivina V.: se trata ante todo de celebrar el regreso de Tesman.

LOEVBORG. (*Buscando con los ojos el sombrero.*)—¡Oh! En ese caso...

BRACK.—Nada de eso. Mire V.: ¿no querría proporcionarme el placer de ser de los nuestros?

LOEVBORG. (*Con tono seco y decidido.*)—No, gracias. Me es imposible.

BRACK.—¡Vamos! Decídase. Encon-

trará V. allí un pequeño círculo escogido. Y yo le prometo que no faltará animación, como piensa Hed... la señora de Tesman.

LOEBVORG.—No lo dudo. Pero...

BRACK.—Podría V. llevar su manuscrito y leérselo á Tesman. Tengo bastantes habitaciones para que no los estorben á Vds.

TESMAN.—Anda, sí, Eylert. Podemos hacer eso. ¿Eh?

HEDDA. (*Interviniendo.*)—Pero, amigo mío, ¡si el señor Loevborg no quiere! Estoy seguro de que le gustará más quedarse aquí y tomar el té conmigo.

LOEBVORG. (*Mirándola.*)—¿Con V., señora?

HEDDA.—Y con la señora de Elvsted.

LOEBVORG.—¡Ah! (*Indiferentemente.*) Hoy la he visto un momento.

HEDDA.—¿De veras? Pues sí, vendrá. Es forzoso que se quede V., señor Loevborg. Si no, no habría quien la acompañase.

LOEBVORG.—Muy justo. Gracias, señora. Me quedaré.

HEDDA.—Perfectamente. Voy á dar algunas órdenes. (*Se acerca á la puerta del vestíbulo, y llama. Entra Berta. Hedda le habla en voz baja y señala el cuarto del fondo. Berta hace un signo de cabeza, y vase.*)

TESMAN. (*Dice entre tanto á Loevborg.*)—Oye, Eylert: el tema de tus conferencias, ¿va á ser esa nueva cuestión, una cuestión de porvenir?

LOEBVORG.—Sí.

TESMAN.—Porque he oído en la librería que piensas dar una serie de conferencias este otoño.

LOEBVORG.—Sí, ese es mi pensamiento. Y no hay que llevarlo á mal, Tesman.

TESMAN.—¡No, por Dios! ¿Pero...?

LOEBVORG.—No me extrañaría que te contrariase.

TESMAN. (*Con abatimiento.*)—¡Oh! yo no puedo exigirte que renuncies por mí.

LOEBVORG.—Pero esperaré tu nombramiento.

TESMAN.—¿Esperarás? Pero... pero, ¿no quieres presentarte á concurso? ¿Eh?

LOEBVORG.—No. Me contentaré con triunfar de ti ante la opinión.

TESMAN.—¡Ah, Dios mío! ¡Tenía, pues, razón tía Julia! ¡Sí, sí! Bien lo sabía yo. ¡Ves, Hedda! ¡Eylert Loevborg no quiere interponerse en nuestro camino!

HEDDA. (*Secamente.*)—¿En nuestro camino? Te ruego que á mí me dejes fuera del asunto.

(*Pasa al cuarto del fondo, donde Berta pone una bandeja cargada de garrafas y de vasos. Hedda hace un movimiento de aprobación con la cabeza. Después vuelve al salón. Vase Berta.*)

TESMAN. (*Durante ese tiempo.*)—Pero V., asesor, ¿qué dice? ¿Eh?

BRACK.—¡Dios mío! Yo digo que la victoria y el honor son cosas muy bellas.

TESMAN.—Bien, sí; pero...

HEDDA. (*Mira á Tesman y sonríe fríamente.*)—Pareces trastornado.

TESMAN.—Sí, casi, no lo niego.

BRACK.—Es que acabamos de sufrir una borrasca, señora.

HEDDA. (*Señalando el cuarto del fondo.*)—¿No quieren Vds. pasar á la otra pieza á tomar un vaso de ponche frío?

BRACK. (*Mirando su reloj.*)—¿La despedida? Sí, es quizá una buena idea.

TESMAN.—¡Excelente, Hedda, excelente; ahora que se me ha quitado ese peso de encima, y me siento tan ligero como una pluma!

HEDDA.—V. también, señor Loevborg, hágame el favor...

LOEVborg. (*Excusándose.*)—Gracias. No tomo nada.

BRACK.—¿Cómo? ¿Un vaso de ponche frío? ¡No es un veneno, que yo sepa!

LOEVborg.—Quizá no para todo el mundo.

HEDDA.—¡Vaya! Yo haré compañía al señor Loevborg.

TESMAN.—Sí, sí; haz ese favor querida Hedda.

(*Tesman y Brack pasan á la pieza del fondo, se sientan á la mesa, beben ponche, fuman cigarrillos y hablan con animación durante la escena siguiente. Eylert Loevborg permanece en pie delante de la estufa. Hedda se aproxima al escritorio.*)

HEDDA. (*Alzando la voz.*)—Voy á enseñarle á V., si quiere, algunas fotografías. Tesman y yo hemos hecho un viaje. Venimos directamente del Tirol.

(*Trae un álbum, y lo pone sobre la mesa; después se sienta en la esquina del sofá. Eylert Loevborg se acerca, se detiene y la mira. Luego coge una silla y se sienta á su izquierda, volviendo la espalda á la pieza del fondo.*)

HEDDA. (*Abriendo el álbum.*)—Mire V. este grupo de montañas, señor Loevborg. Es el macizo del Ortler. Aquí tiene V. el nombre escrito por Tesman. ¿Ve V.? «El grupo del Ortler, cerca de Meran.»

LOEVborg. (*Que no ha cesado de mirarla, dice en voz baja lentamente.*)—¡Hedda... Gabler!

HEDDA. (*Lanzándole una mirada furitiva.*)—¡Vamos! Cht.

LOEVborg. (*Repitiendo en voz baja.*)—¡Hedda Gabler!

HEDDA. (*Mirando el álbum.*)—Sí, así me llamaba antes, cuando nos conocimos V. y yo.

LOEVborg.—Y en adelante, sin poder decir en toda la vida: Hedda Gabler.

HEDDA. (*Hojeando el álbum.*)—No. Y aun importa que pierda V. la costumbre, y lo más pronto posible.

LOEVborg. (*Con indignación.*)—¡Hedda Gabler casada! ¡Casada con Jorge Tesman!

HEDDA.—Sí, cosas que suceden.

LOEVborg.—¡Oh, Hedda, Hedda! ¡Cómo has podido perderte así!

HEDDA. (*Mirándolo severamente.*)—¡Vamos! ¡Nada de eso!

LOEVborg.—¿Qué quieres decir?

(*Entra Tesman, y se acerca al sofá.*)

HEDDA. (*Al oírle venir, dice con voz indiferente.*)—Y ésta, señor Loevborg, es una vista del valle de Ampezzo. Fíjese V. en esas crestas de montañas. (*Levantando los ojos, con una mirada afectuosa á Tesman.*) ¿Cómo se llaman estas notables formaciones de montañas, di?

TESMAN.—Déjame ver. Son dolomitas.

HEDDA.—¡Justo! Son dolomitas, señor Loevborg.

TESMAN.—Di, Hedda, yo no quería más que preguntarte si no te decides á tomar un poco de ponche. ¿Eh?

HEDDA.—¿Pues no he de querer? Se te agradece. Y algunas galletas.

TESMAN.—¿Cigarrillos?

HEDDA.—No.

TESMAN.—Bueno.

(Vuelve á la pieza del fondo y pasa á la derecha. Brack, sin moverse de su sitio, expla con el rabillo del ojo á Hedda y Loevborg.)

LOEVborg. *(Con voz contenida.)*—Respóndeme, Hedda. ¿Cómo has podido hacer eso?

HEDDA. *(Fingiendo estar muy embebida en la contemplación del álbum.)*—Si continúa V. tuteándome, no le hablo más.

LOEVborg.—¿No puedo tutear á V., ni aun estando solos?

HEDDA.—No. Puede V. tutearme en pensamiento, pero no en palabras.

LOEVborg.—¡Oh! Comprendo. Sería herir su amor de V. por Jorge Tesman.

HEDDA. *(Le lanza una mirada, y dice sonriendo):*—¿Mi amor? ¡Me hace gracia!

LOEVborg.—¿De modo que amor no?

HEDDA.—¡Ni infidelidades tampoco! No quiero eso.

LOEVborg.—Una sola pregunta, Hedda...

HEDDA.—¡Cht!

(Vuelve Tesman de la pieza del fondo con una bandeja.)

TESMAN.—Aquí viene lo bueno.

(Deja la bandeja en la mesa.)

HEDDA.—¿Por qué nos sirves tú mismo?

TESMAN. *(Llenando los vasos.)*—¡Es tan gran placer para mí servirte, Hedda!

HEDDA.—Has llenado los dos vasos, y el señor Loevborg no quiere ponche.

TESMAN.—Ya lo sé. Pero no tardará en venir la señora de Elvsted.

HEDDA.—Si, es verdad. La señora de Elvsted.

TESMAN.—¿La habías olvidado? ¿Eh?

HEDDA.—Estamos tan embebidos en esto... *(Le enseña una vista.)* ¿Te acuerdas de este pueblecito?

TESMAN.—¡Ya lo creo! Está á la entrada del Brenner. Allí fué donde pasamos la noche...

HEDDA.—... Y donde encontramos aquellos viajeros tan alegres.

TESMAN.—Verdad, allí fué. ¡Amigo Eylert, si tú hubieses estado con nosotros! ¿Eh?

(Pasa al cuarto del fondo, se sienta y reanuda su conversación con Brack.)

LOEVborg.—Una sola pregunta, Hedda.

HEDDA.—¿A ver?

LOEVborg.—En sus relaciones de V. conmigo ¿no habia amor tampoco? Diga. ¿Ni un asomo, ni un vislumbre de amor?

HEDDA.—¿Quién lo sabrá nunca? Me parece que hemos sido dos buenos

compañeros, dos amigos íntimos. (*Sonriendo.*) V. se distinguía por su gran franqueza.

LOEVborg.—La exigía V.

HEDDA.—Cuando ahora lo pienso, me parece que había algo de atractivo, de seductor y aun diré de animoso en aquella intimidad secreta, que nadie en el mundo sospechaba.

LOEVborg.—¿Verdad, Hedda? ¿Verdad? Aquellas tardes en que iba yo á casa de su padre de V., en que el general leía los periódicos, vuelto de espaldas. Estaba sentado delante de la ventana.

HEDDA.—Y nosotros en el canapé del rincón.

LOEVborg.—Siempre con el mismo periódico ilustrado sobre las rodillas...

HEDDA.—A falta de un álbum, sí.

LOEVborg.—¡Sí, Hedda! ¡Y el día en que me confesé á V.! En que le conté lo que nadie sabía entonces, diciéndole que había pasado el día y la noche haciendo locuras. ¡Sí, días y noches enteras! ¡Oh, Hedda! ¿Qué fuerza había en V. para obligarme á hacerle tales confesiones?

HEDDA.—¡V. ve, pues, que había una fuerza en mí!

LOEVborg.—¿Cómo explicar eso de otro modo? Y todas aquellas preguntas indirectas que V. me hacía...

HEDDA.—Y que V. comprendía tan bien.

LOEVborg.—¿Cómo podía V. preguntarme así, con tanto atrevimiento?

HEDDA.—Indirectamente, si no lo toma á mal.

LOEVborg.—Sí, pero atrevidamente, de todos modos. ¿Cómo podía V. obligarme á contarle cosas... cosas... de aquel género?

HEDDA.—Y V. ¿cómo podía responder, señor Loevborg?

LOEVborg.—¡Ah! Es lo que ya no comprendo ahora. Pero, dígame V., Hedda: ¿no había amor en el fondo de esa intimidad? ¿No era el deseo de purificarme el que la animaba, cuando yo iba á pedirle un refugio, á confesarme á V.? Sí, ¿no es verdad? ¿Era eso?

HEDDA.—Eso precisamente, no.

LOEVborg.—Pues entonces, ¿qué sentimiento la movía á V.?

HEDDA.—Pero ¿le parece á V. tan extraordinario que una joven... cuando puede hacerlo... en secreto...?

LOEVborg.—Acabe.

HEDDA.—¿Que á una joven, digo, le guste dirigir una mirada á un mundo que...?

LOEVborg.—¿Que...?

HEDDA.—¿Que no le es permitido conocer?

LOEVborg.—¡Ah! ¿Y era eso?

HEDDA.—Eso también. Así lo creo, al menos.

LOEVborg.—¡Nos acercaba el deseo de vivir! ¿Y por qué no duró todo aquello?

HEDDA.—¡Por culpa de V.!

LOEVborg.—V. fué quien rompió.

HEDDA.—Sí, cuando hubo inminente peligro de que nuestras intimidades tomasen una forma demasiado real. ¡Avergüéncese, Eylert Loevborg, de haber cometido aquel atentado contra su... atrevida compañera!

LOEBVORG. (*Retorciéndose las manos.*) — ¡Oh! ¡Que no ejecutase V. su amenaza! ¡Que no me hubiese V. matado aquel día!

HEDDA. — ¡Tengo tanto miedo al escándalo!

LOEBVORG. — Sí, Hedda, en el fondo es V. cobarde.

HEDDA. — Horriblemente cobarde. (*Cambiando de tono.*) De todos modos, para V. es una suerte. Y ahora ha encontrado V. un consuelo tan agradable en casa de los Elvsted.

LOEBVORG. — Sé lo que le ha confiado á V. Thea.

HEDDA. — Y V. habrá tenido confianzas con ella respecto á nosotros.

LOEBVORG. — Ni una palabra. Es demasiado simple para comprender eso.

HEDDA. — ¿Simple?

LOEBVORG. — Simple, sí, por lo que hace al caso.

HEDDA. — Y yo cobarde. (*Se inclina hacia él sin mirarlo, y dice bajando la voz.*) Ahora soy yo la que quiero hacerle una confianza.

LOEBVORG. (*Vivamente.*) — ¿A saber?

HEDDA. — No haber tenido valor para matarlo.

LOEBVORG. — ¿Sí?

HEDDA. — No fué mi mayor cobardía... aquella noche.

LOEBVORG. (*La mira un instante, adirina el sentido de sus palabras y dice en voz baja con pasión.*) — ¡Oh, Hedda, Hedda! ¡Ahora veo lo que había en el fondo de nuestra intimidad! ¡Tú y yo! ¡Ah! ¡Tú sentiste, después de todo, la necesidad de vivir!

HEDDA. (*Bajo, con una mirada ace-*

rada.) — ¡Cuidado con eso! ¡No lo crea V.!

(*Empieza el crepúsculo. Berta abre la puerta del vestíbulo.*)

HEDDA. (*Cierra apresuradamente el álbum, y exclama sonriendo.*) — ¡Al fin! ¡Vamos, entra, querida Thea!

(*Entra Thea por la puerta del vestíbulo. Viste un traje sencillo, de reunión. Ciérrase la puerta.*)

HEDDA. (*Tendiéndole los brazos, sin levantarse del sofá.*) — ¡Querida Thea! ¡No sabes con qué impaciencia te aguardaba! (*Thea, al pasar, cambia un ligero saludo con los dos hombres sentados en la pieza del fondo; se acerca á Hedda y le da la mano. Eylert Loevborg se ha puesto en pie. Saludo mudo de cabeza entre él y Thea.*)

THEA. — ¿Quizá debería decir algunas palabras á tu marido?

HEDDA. — Nada de eso. Déjalos con su ponche. Además, no tardarán en marcharse.

THEA. — ¿Se van?

HEDDA. — Sí, van de holgorio.

THEA. (*Precipitadamente á Loevborg.*) — ¿V. no irá con ellos?

LOEBVORG. — No.

HEDDA. — El señor Loevborg se queda con nosotras.

THEA. (*Tomando una silla para sentarse al lado de él.*) — ¡Oh! ¡Qué bien se está aquí!

HEDDA. — ¡No, eso no, Theita! ¡Ahí no! Tú vendrás á sentarte á mi lado. Yo quiero estar entre vosotros dos.

THEA. — Como tú quieras. (*Da la vuel-*

ta á la mesa, y se sienta en el sofá, á la derecha de Hedda. Loevborg recobra su puesto.)

LOEVborg. (*A Hedda, después de una pausa.*)—¡No es una delicia contemplarla!

HEDDA. (*Acariciando suavemente los cabellos de Thea.*)—¿Contemplarla... sólo?

LOEVborg.—Sí. Considere V. que los dos somos verdaderos amigos, que tenemos una fe absoluta el uno en el otro. De ahí que podamos permanecer juntos hablando libremente.

HEDDA.—Sin preguntas indirectas... ¿no es verdad, señor Loevborg?

LOEVborg.—¡Dios mío!...

THEA. (*A media voz, arrimándose á Hedda.*)—¡Oh! ¡Qué feliz soy, Hedda! ¡Para que veas tú! Llega hasta decir que le he inspirado.

HEDDA. (*La mira sonriendo.*)—¿Eso dice?

LOEVborg.—¡Y qué valor tiene, señora, cuando hace falta obrar!

THEA.—¡Jesús! ¡Valor yo!

LOEVborg.—Inmenso, cuando está en juego el amigo íntimo.

HEDDA.—¡Valor! ¡Ah, sí! ¡Si una lo tuviese!...

LOEVborg.—¿Qué quiere V. decir?

HEDDA.—Entonces quizá podría soportarse la vida. (*Cambiando de tono de repente.*) Y ahora, querida Thea, deberías tomar un vasito de ponche.

THEA.—Gracias, no lo tomo nunca.

HEDDA.—Entonces V., señor Loevborg.

LOEVborg. — Gracias, tampoco lo tomo.

THEA.—No, tampoco lo toma.

HEDDA. (*Mirándolo con firmeza.*)—¿Y si yo quisiese?

LOEVborg.—Sería lo mismo.

HEDDA. (*Sonriendo.*)—¡Pobre de mí! ¿De manera que no tengo el menor imperio sobre V.?

LOEVborg.—Para eso, no.

HEDDA.—Hablando seriamente, creo que debería V. aceptar, por V. mismo.

THEA.—¡Oh, Hedda!

LOEVborg.—¿Qué quiere V. decir?

HEDDA.—O, más bien, por el mundo.

LOEVborg.—¿Y eso?

HEDDA.—De lo contrario, podría crear la gente que V.... que en el fondo no se encuentra V. enteramente... libre... muy seguro de sí.

THEA. (*En voz baja.*)—¡Pero Hedda!

LOEVborg.—Puede crear la gente lo que guste... hasta nueva orden.

THEA. (*Con alegría.*)—¡Sí! ¿Verdad?

HEDDA.—Lo he visto bien claro hace poco en la expresión del asesor Brack.

LOEVborg.—¿Qué ha visto V.?

HEDDA.—Sonrió de una manera tan irónica cuando no se atrevió V. á sentarse con ellos...

LOEVborg.—¡Que no me atreví! He preferido sencillamente estarme con ustedes.

THEA.—¡Es muy natural, Hedda!

HEDDA.—Sí, pero al asesor no le consta, y yo le vi sonreír también y dirigir una mirada á Tesman cuando V. no se atrevió á ir á esa pobre fiestecita de esta noche.

LOEVborg.—¡Que no me atreví! ¿Dice V. que no me atreví?

HEDDA.—No es que yo diga eso. Pero así lo comprendió el asesor Brack.

LOEBVORG.—¡Con su pan se lo coma!

HEDDA.—¿Así, que no irá V.?

LOEBVORG.—Me quedaré aquí con V. y con Thea.

THEA.—Sí, Hedda, eso no debe extrañarte.

HEDDA. (*Sonriendo y dirigiendo á Loebvorg un signo de aprobación con la cabeza.*)—¡Firme, pues, como una roca! ¡Hombre de principios para siempre! ¡Así deben ser los hombres! (*Volviéndose hacia Thea, y acariciándola.*) ¿Ves? ¿No te lo dije esta mañana cuando viniste aquí completamente trastornada?

LOEBVORG. (*Sobresaltado.*)—¡Trastornada!

THEA. (*Asustada.*)—¡Hedda! ¡Escucha, Hedda!

HEDDA.—¡Ya lo ves! No hay motivo para aquellas angustias mortales. ¡Vamos! Ahora á ponernos alegres.

LOEBVORG. (*Que se ha estremecido.*)—¡Ah! ¿Qué es lo que quería V. decir, señora de Tesman?

THEA.—¡Dios mío, Dios mío, Hedda! ¿Qué estás diciendo? ¿Qué haces?

HEDDA.—¡Vamos! ¡Ten calma! Ese maldito asesor no te quita ojo.

LOEBVORG.—¿Angustias mortales por mí?

THEA. (*Lamentándose en voz baja.*)—¡Oh, Hedda! ¡Me has hecho enteramente desgraciada!

LOEBVORG. (*La mira un momento. Sus ojos permanecen inmóviles. Parece sentido.*)—¡He aquí, pues, la firme confianza que yo inspiraba á mi amiga!

THEA. (*Con tono suplicante.*)—¡Oh,

amigo mío! Es menester que sepas ante todo...

LOEBVORG. (*Coge uno de los vasos llenos de ponche, lo levanta pausadamente y dice con voz ronca.*)—¡A tu salud, Thea!

(*Apura el vaso, lo deja, y toma otro.*)

THEA. (*Aparte á Hedda.*)—¡Oh, Hedda, Hedda! ¿Es eso lo que querías?

HEDDA.—¿Yo? ¿Estás loca?

LOEBVORG.—Ahora, señora, á la de V. Gracias por haberme dicho la verdad. ¡Viva la verdad!

(*Vacia el vaso, y quiere llenarlo de nuevo.*)

HEDDA. (*Poniéndole la mano sobre el brazo.*)—Basta, basta por ahora. No olvide V. que hay que ir á esa comida.

THEA.—¡No, no, no!

HEDDA.—¡Cht! Te están mirando.

LOEBVORG. (*Dejando el vaso.*)—Oye, Thea, dime la verdad.

THEA.—Sí.

LOEBVORG.—¿Sabía tu marido que te marchabas para seguirme?

THEA. (*Retorciéndose las manos.*)—¡Oh, Hedda! ¡Ya oyes lo que me pregunta!

LOEBVORG.—¿Estabais de acuerdo, verdad? ¿Tú debías seguirme para vigilarme? ¿Quizá es tu marido quien te ha obligado á ello? ¡Ah..., sí! Yo debía hacerle falta en su despacho. O puede que en la mesa de juego, ¿no?

THEA. (*En voz baja, retorciéndose.*)—¡Oh, Loebvorg, Loebvorg!

LOEBVORG. (*Cogiendo un vaso y que-*

riendo llenarle.)—Ahora, ¡á la salud del viejo juez de paz!

HEDDA. (*Haciendo un ademán para impedirle beber.*)—¡Basta! Recuerde que tiene que leer eso á Tesman.

LOEBORG. (*Muy tranquilo, dejando el vaso.*)—Vamos, Thea. Ha sido una tontería, de mi parte, haber hecho esto, haber tomado las cosas así. No estés enfadada conmigo, querida. Ya verás y ya verán todos que, si he estado por los suelos, he sabido levantarme. ¡Gracias á ti, Thea!

THEA. (*Radiante de alegría.*)—¡Loado sea Dios!

(*Durante este tiempo, Brack ha consultado su reloj. Tesman y él se levantan y entran en la sala.*)

BRACK. (*Cogiendo el sombrero y el sobretodo.*)—Es nuestra hora, señora.

HEDDA.—En efecto.

LOEBORG. (*Levantándose.*)—Y la mía también, señor asesor.

THEA. (*Bajo, con tono suplicante.*)—¡Oh, Loevborg! ¡No hagas eso!

HEDDA. (*Pellizcándole en el brazo.*)—¡Mira que te oyen!

THEA. (*Profiriendo un ligero grito.*)—¡Ay!

LOEBORG. (*A Brack.*)—Es muy de agradecer que haya V. tenido la amabilidad de invitarme.

BRACK.—¡Muy bien! ¿Nos acompañas?

LOEBORG.—Con mucho gusto.

BRACK.—Lo celebro infinito.

LOEBORG. (*A Tesman, metiéndose el manuscrito en el bolsillo.*)—Es que

quisiera leerte algunos pasajes del libro antes de publicarlo.

TESMAN.—¡Ah, mucho! ¡Qué bien lo vamos á pasar! Pero, Hedda, ¿cómo vas á arreglártelas para que acompañen á la señora de Elvsted? ¿Eh?

HEDDA.—¡Oh! Ya encontraremos arreglo.

LOEBORG. (*Volviéndose hacia las dos mujeres.*)—¿La señora de Elvsted? Yo volveré por ella, naturalmente. (*Acercándose á Hedda.*) ¿Hacia las diez, señora de Tesman? ¿Le conviene á V.?

HEDDA.—¡Por supuesto! Me conviene á maravilla.

TESMAN.—¡Ea! Pues todo á pedir de boca. Pero, en cuanto á mí, Hedda, no hay que esperarme tan temprano.

HEDDA.—¡Ah, mi querido Jorge! Puedes estarte todo lo que quieras.

THEA. (*Con una secreta angustia.*)—Oiga, señor Loevborg, quedamos en que lo espero aquí.

LOEBORG. (*Que ha cogido su sombrero.*)—Sí, señora, quedamos en eso.

BRACK.—¡Vamos, señores! Espero que no faltará animación, como dice cierta hermosa dama. ¡Andando la gente alegre!

HEDDA.—¡Ah! ¡Si esa hermosa dama pudiese hacerse invisible para estar entre vos!

BRACK.—¿Invisible? ¿Por qué?

HEDDA.—Para oiros un rato, cuando la cosa se anime de veras, señor asesor.

BRACK. (*Sonriendo.*)—He ahí lo que yo no le aconsejaría á esa hermosa dama.

TESMAN. (*Sonriendo también.*)—¡Ah! ¡Ya estas tú buena, Hedda!

BRACK.—¡Ea, adiós, adiós, señoras!

LOEBORG. (*Inclinándose para despedirse.*)—Con que lo dicho: hacia las diez.

(*Vanse Brack, Loeborg y Tesman por la puerta del vestíbulo. Al mismo tiempo entra Berta por la puerta del fondo, con una lámpara encendida en la mano. Deja la lámpara en la mesa grande, y vase por el mismo sitio.*)

THEA. (*Se ha levantado y anda muy inquieta.*)—¡Hedda, Hedda! ¡Cómo acabará todo esto!

HEDDA.—Volverá á las diez. Ya lo veo venir coronado de pámpanos, intrépido y ardiente.

THEA.—¡Dios haga que no te equivoques!

HEDDA.—Y entonces, dueño nuevamente de sí mismo, será un hombre libre para el resto de sus días.

THEA.—¡Oh, Dios mío! ¡Con tal que vuelva como tú crees!

HEDDA.—Volverá así, y no de otro modo. (*Se levanta y se aproxima á Thea.*) Puedes dudar de él todo lo que quieras. Yo, por mí, tengo confianza. Y ahora veremos.

THEA.—Tú tienes algún pensamiento oculto, Hedda.

HEDDA.—Sí, es verdad. Quiero pesar una vez en la vida sobre un destino humano.

THEA.—¡Qué! ¿Es que no tienes imperio sobre nadie?

HEDDA.—No lo tengo, no lo he tenido nunca.

THEA.—Pero ¿y sobre tu marido?

HEDDA.—¡Bah! ¡No hay duda que

valdría la pena! ¡Oh! ¡Si tú pudieses comprender qué digna de lástima soy! ¡Y tú, que vales tanto! (*Le echa los brazos al cuello con vehemencia.*) Me parece que acabaré de veras por quemarte el pelo.

THEA.—¡Suéltame! ¡Suéltame! ¡Tengo miedo de ti, Hedda!

BERTA. (*Presentándose en la puerta.*)—Señora, he dispuesto el té en el comedor.

HEDDA.—Está bien. Allá vamos.

THEA.—¡No, no, no! ¡Prefiero volverme sola! ¡Ahora mismo!

HEDDA.—¡Qué niñerías! Antes tienes que tomar el té, locuela. Y luego á las diez, volverá Eylert Loeborg, coronado de pámpanos.

(*Se lleva á Thea casi á la fuerza hacia la puerta.*)

ACTO TERCERO

La misma decoración. Los portiers de la puerta del foro y de la puerta vidriera aparecen corridos. La lámpara ha bajado y tiene una pantalla. En la estufa, cuyas puertas están abiertas, acaba de consumirse el fuego.

(*Thea, envuelta en un chal, con los pies sobre un taburete, está acurrucada en el sillón, muy cerca de la estufa. Hedda duerme, echada en el sofá y tapada con un cobertor. Pausa.*)

THEA. (*Se yergue de pronto y escucha. Después se deja caer de nuevo en el sillón, gimiendo quedo.*)—¡Todavía no! ¡Oh, Dios mío! ¡Todavía no!

(Berta entra por la puerta del vestíbulo, andando de puntillas. Lleva una carta en la mano.)

THEA. (*Se vuelve y pregunta apresuradamente en voz baja.*)—¿Qué hay? ¿Ha venido alguien?

BERTA. (*En voz baja.*)—Sí, una criada acaba de traer esta carta.

THEA. (*Alargando la mano precipitadamente.*)—¡Una carta! ¡Déme!

BERTA. — Es para el doctor, señora.

THEA.—¡Ah!

BERTA. — La trajo la criada de la tía del señorito. Aquí la dejo, sobre la mesa.

THEA.—Bien.

BERTA. (*Dejando la carta.*)—La lámpara se baja. Quizá será mejor que la apague.

THEA.—Bueno. Apáguela. Pronto va á ser de día.

BERTA. (*Apagándola.*)—Ya es de día, señora.

THEA.—Es verdad. ¡Es completamente de día! ¡Y sin volver aún!

BERTA.—¡Ah, sí! Bien me figuré yo lo que pasaría.

THEA.—¿V. se lo figuró?

BERTA.—Sí, en cuanto vi en la ciudad á cierto sujeto. Los habrá arrasado él. En otro tiempo dió bastante que hablar ese señor.

THEA.—No hable tan alto. Va á despertar á la señorita.

BERTA. (*Dirige una mirada hacia el sofá y suspira.*)—¡Sí, Dios mío! Hay que dejar dormir á la pobre señorita. ¿Pondré otro leño en la estufa?

THEA.—Gracias. Por mi es inútil.

BERTA.—¡Vamos! Está bien.

(*Vase callando por la puerta del vestíbulo.*)

HEDDA. (*Se despierta al ruido de la puerta y abre los ojos.*)—¿Qué hay?

THEA.—Nada. Era la criada.

HEDDA. (*Mira en torno suyo.*) ¿Por qué estoy aquí? ¡Ah! Ya me acuerdo. (*Se sienta en el sofá, se estira y se restriega los ojos.*) ¿Qué hora es, Thea?

THEA. (*Mirando su reloj.*)—Las siete dadas.

HEDDA.—¿A qué hora volvió Tesman?

THEA.—No ha vuelto aún.

HEDDA.—¿No ha vuelto aún?

THEA. (*Levantándose.*)—No ha venido nadie.

HEDDA.—¡Y nosotras velando hasta las cuatro para esperarlos!

THEA. (*Retorciéndose las manos.*)—¡Ah, sí! ¡Yo lo he esperado!

HEDDA. (*Bosteza y dice llevándose la mano á la boca.*)—¡Válgame Dios! Hubiéramos podido ahorrarnos ese trabajo.

THEA.—¿Has dormido un poco?

HEDDA.—¡Ah, yo sí! No he dormido mal. ¿Y tú?

THEA.—Ni un minuto. ¡No he podido, Hedda! Me ha sido imposible dormir.

HEDDA. (*Levantándose y acercándose á ella.*)—¡Vamos, vamos! No tienes motivo para estar intranquila. Yo comprendo muy bien lo que ha debido pasar.

THEA.—¿Pues qué crees tú? ¡Dimelo!

HEDDA.—Evidentemente, se habrán

estado hasta muy tarde en casa del asesor.

THEA.—¡Dios mío, ya lo creo! Pero eso no quita...

HEDDA.—Y Tesman, como comprendes, no habrá querido hacer ruido al volver, llamando á las altas horas de la noche. (*Sonriendo.*) Puede que tampoco haya querido presentarse después de una comilona alegre.

THEA.—Pero, querida, ¿y dónde iba á ir entonces?

HEDDA.—Pues á acostarse á casa de las tías. No han tocado su antiguo cuarto.

THEA.—No, no puede estar con ellas, porque acaban de traer una carta de allí para él. Ahí la han dejado.

HEDDA.—¡Calle! (*Mira el sobre.*) En efecto, es letra de tía Julia. Entonces se habrán quedado en casa del asesor, y Eylert Loevborg, coronado de pámpanos, estará leyéndole su manuscrito.

THEA.—¡Oh, Hedda! Tú misma no crees lo que dices.

HEDDA.—De veras, Thea. Tú tienes la cabecita á pájaros.

THEA.—Sí, por desgracia es muy cierto.

HEDDA.—¡Y vaya una cara de fatiga!

THEA.—Estoy, en efecto, mortalmente fatigada.

HEDDA.—¡Ea! Tienes que hacer lo que yo te diga. Vas á entrar en mi cuarto y á echarte en la cama.

THEA.—¡Oh, no, no! No podría dormir.

HEDDA.—¡Vaya!

THEA.—Sí, pero tu marido no puede ya tardar en volver. Y entonces sabré...

HEDDA.—Te avisaré en cuanto vuelva.

THEA.—¡Hedda! ¿Me lo prometes?

HEDDA.—Sí, puedes contar con ello. ¡Vamos! Vete á dormir hasta entonces.

THEA.—Gracias. Lo intentaré.

(*Vase por el cuarto del fondo. Hedda se aproxima á la puerta vidriera y descubre la cortina. Entran en la estancia los rayos del sol. Después va por un espejito á su escritorio, se mira, y se arregla el pelo. Luego se dirige hacia la puerta del vestíbulo y toca el botón del timbre. A poco rato aparece Berta.*)

BERTA.—¿Quiere algo la señorita?

HEDDA.—Sí. Hay que echar leña en la estufa. Estoy aterida de frío.

BERTA.—¡Ah, Jesús! En seguida dará calor. (*Recoge la brasa y mete un leño en la estufa. Después se detiene y presta atención.*) Acaban de llamar á la puerta de la calle, señorita.

HEDDA.—Bueno. Vaya V. á abrir. Yo atizaré el fuego.

BERTA.—No tardará en hacer llama.

(*Vase por la puerta del vestíbulo. Hedda, de rodillas sobre el cajón, echa varios leños en la estufa. Poco después entra Jorge Tesman por la puerta del vestíbulo. Viene con cara fatigada y algo inquieto. Se adelanta de puntillas é intenta deslizarse por entre los portiers.*)

HEDDA. (*Sin levantar los ojos ni abandonar su puesto.*)—Buenos días.

TESMAN. (*Volviéndose.*)—¡Hedda!

(*Acercándose.*) Pero ¿es posible! ¿Cómo? ¡Levantada tan temprano! ¿Eh?

HEDDA.—Sí, hoy he madrugado mucho.

TESMAN.—¡Pues esta es buena! Y yo que te creía en la cama, durmiendo muy tranquilamente.

HEDDA.—No hables tan alto, que está durmiendo en mi cuarto la señora de Elvsted.

TESMAN.—¡Qué! ¿Ha pasado la noche aquí?

HEDDA.—Sí. Como no ha venido á buscarla nadie.

TESMAN.—No, es verdad.

HEDDA. (*Cerrando la estufa, y levantándose.*)—¿Y qué? ¿Se ha divertido la gente en casa del asesor?

TESMAN.—¿Has estado intranquila por mí?

HEDDA.—¿Yo? ¡En eso pensaba! Te pregunto si te has divertido.

TESMAN.—Sí, no he dejado de divertirme. Por una vez. Pero, bien pensado, cuando más disfruté fué al principio, durante la lectura de Eylert. Figúrate que llegamos con más de una hora de anticipación. Y Brack tenía tantas órdenes que dar... Yo me pasé todo ese tiempo oyendo á Eylert.

HEDDA. (*Sentándose á la derecha de la mesa.*)—¿A ver? Cuéntame.

TESMAN. (*Sentándose en un taburete junto á la estufa.*)—¡No! ¡No puedes imaginarte qué obra va á ser aquella! Sin género de duda, es de lo más notable que se ha escrito jamás. ¡Ya ves tú!

HEDDA.—Sí, no digo que no. A mí, como si tal cosa.

TESMAN.—No puedo menos de confe-

sártelo, Hedda: cuando acabó de leer, se apoderó de mí un mal sentimiento.

HEDDA.—¿Un mal sentimiento?

TESMAN.—Tuve envidia de Eylert por haber podido escribir tal libro. ¡Ya ves, Hedda!

HEDDA.—Sí, sí, ya veo.

TESMAN.—¡Y decir que un hombre de tanto talento ha de ser siempre incorregible!

HEDDA.—¿Quieres decir que es hombre de más calor, de más vida que otros?

TESMAN.—¡No, hija! ¡No, por Dios! Lo que hay es que no tiene medida en el goce.

HEDDA.—¿Y cómo acabó la fiesta?

TESMAN.—¡Oh! ¡Puede decirse que en una verdadera bacanal!

HEDDA.—¿Estaba coronado de pámpanos Eylert?

TESMAN.—¿Pámpanos? No, que yo sepa. Lo que hizo fué un largo discurso muy embrollado en honor de la mujer que lo inspiró durante su trabajo. Así decía.

HEDDA.—¿Nombró esa mujer?

TESMAN.—No. Pero yo comprendi perfectamente que se trataba de la señora de Elvsted. Acuérdate; verás cómo no me equivoco.

HEDDA.—Veamos: ¿dónde os separasteis?

TESMAN.—En la calle, al volver. Salimos los últimos con algunos más. Brack quiso venir con nosotros para tomar un poco de aire, y convinimos en acompañar á Eylert hasta su casa. Como supondrás, el hombre llevaba bastante encima.

HEDDA.—Sí, ya supongo.

TESMAN.—Y ahora, Hedda, te diré lo más grave, lo más triste de todo. ¡Ah! Casi me da vergüenza contarlo. Me abochorno por Eylert.

HEDDA.—Vamos, di, ¿qué ha sucedido?

TESMAN.—Pues bien, mira: cuando volvíamos, hubo un momento en que yo me quedé algunos pasos atrás. Cosa de un instante, ¿comprendes?

HEDDA.—¡Sí, hombre, sí! Adelante.

TESMAN.—Yo apretaba el paso para alcanzar á los otros, cuando de repente... ¿Adivina lo que encuentro á la vuelta del camino? ¿Eh?

HEDDA.—¡Vaya una pregunta! ¿Cómo quieres que lo sepa?

TESMAN.—¡Pero no se lo has de decir á nadie, Hedda! ¿Oyes? ¡Prométemelo por consideración á Eylert! (*Saca del bolsillo un rollo envuelto en un papel.*) ¡Calcula! ¡He encontrado esto!

HEDDA.—¡No será el rollo que traje ayer!

TESMAN.—¡Cómo que no! ¡Es su precioso, su irreemplazable manuscrito! ¡Lo había perdido de esa manera, sin notarlo! ¡Qué te parece! ¡Es triste! ¿Eh?

HEDDA.—Sí, pero ¿por qué no se lo devolviste en seguida?

TESMAN.—No me atreví. En el estado en que se encontraba...

HEDDA.—¿Y no has dicho nada á nadie?

TESMAN.—¡Ni soñarlo! Ya comprendes que no había de querer hacerlo por consideración á Eylert.

HEDDA.—¿De forma que nadie sabe

que los papeles de Eylert Loevborg están en tu poder?

TESMAN.—No. Y nadie debe saberlo.

HEDDA.—¿De qué hablasteis después?

TESMAN.—No tuve ya ocasión de hablarle. Enredados en el laberinto de las calles, lo perdimos de vista. Desapareció con otros dos ó tres. ¿Qué te parece?

HEDDA.—¡Ya, ya! Lo habrán acompañado á su casa.

TESMAN.—Sí, es lo más probable. Eso he supuesto yo. Brack tomó también otro camino.

HEDDA.—Y tú, ¿por dónde has andado desde entonces?

TESMAN.—¡Oh! Yo y algunos otros, nos fuimos con uno de la partida, que nos convidó á tomar el café en su casa. Pero, en cuanto descansase un rato, y ese pobre Eylert haya tenido tiempo de echar un sueño, tendré que llevarle el manuscrito.

HEDDA. (*Tendiendo la mano para coger el rollo.*)—¡No, no lo devuelvas! Quiero decir: en seguida. Déjame leer antes.

TESMAN.—No, hermosa, querida mía, no me atrevo.

HEDDA.—¿No te atreves?

TESMAN.—No; piensa en la desesperación que va á sentir, cuando despierte y no encuentre el manuscrito. ¡Ten en cuenta que no ha sacado copia! Me lo ha dicho él mismo.

HEDDA. (*Con mirada fija, escudriñadora.*)—¡Tú crees que es imposible rehacer tal obra! ¡Que no se puede escribir dos veces!

TESMAN.—No, creo que no saldría.

Porque la inspiración, como comprendes...

HEDDA.—Sí, sí, lo creo de todas veras. (*Indiferentemente.*) ¡Ah, no me acordaba! Ahí hay una carta para ti.

TESMAN.—¡Eh! ¡Es verdad!

HEDDA. (*Dándosela.*) — La trajeron muy de mañana.

TESMAN.—¡Calle! Es de tía Julia. ¿Qué podrá ser? (*Deja el manuscrito en el segundo taburete, abre la carta, la recorre y se levanta de un salto.*) ¡Oh, Hedda! Me dice que la pobre tía Rina está en lo último.

HEDDA.—Era de prever.

TESMAN.—Y que he de darme prisa, si quiero encontrarla con vida aún. Tengo que ir corriendo ahora mismo.

HEDDA. (*Ahogando una sonrisa.*) — ¡Vas á correr tú ahora!

TESMAN.—¡Oh, querida Hedda! ¡Si te resolvieses á acompañarme! ¿Qué dices?

HEDDA. (*Levantándose, dice con voz fatigada, pero en tono perentorio.*) — No, no. No hay que pedirme eso. No quiero ver enfermedades ni muertes. Ahórrame el espectáculo de todas las cosas feas.

TESMAN.—¡Bueno! ¡Haz lo que quieras! (*Dando vueltas por la habitación.*) ¡Mi sombrero! ¡Mi paletot! ¡Bien, bien! Están en el vestíbulo. ¡Dios mío! Supongo que no llegaré demasiado tarde. ¿Crees tú, Hedda...?

HEDDA.—¡Pero anda, hombre! ¡corre!

(*Aparece Berta en la puerta del vestíbulo.*)

BERTA.— Ahí está el señor asesor, que desea pasar.

TESMAN.—¡A estas horas! No, realmente yo no puedo recibirlo en este instante.

HEDDA.—Pero puedo yo. (*A Berta.*) Diga V. al señor asesor que pase.

(*Vase Berta.*)

HEDDA (*Cuchicheando precipitadamente.*) — ¡Pronto el manuscrito, Tesman!

TESMAN.—¡Sí, sí; dámelo!

HEDDA.—No, no: yo lo guardaré... entre tanto.

(*Se acerca á su escritorio y esconde el manuscrito entre los libros de la estantería. Entra Brack por la puerta del vestíbulo.*)

HEDDA. (*Inclinando la cabeza sonriente.*) — ¡A ver! Es V. lo que se llama un pájaro madrugador.

BRACK.—¿Verdad? ¿Qué le parece á V.? (*A Tesman.*) ¡V. también se encuentra en pié ya, dispuesto á salir!

TESMAN.—Sí, tengo que ir con precisión á casa de mis tías. Ya ve V., la pobre enferma está en lo último.

BRACK.—¡Válgate Dios! ¡Sí, hombre! No quiero yo detenerlo en una circunstancia tan grave.

TESMAN.—Es verdad. Voy volando. ¡Adiós! ¡Adiós!

(*Vase precipitadamente por la puerta del vestíbulo.*)

HEDDA. (*Acercándose á Brack.*) — ¿Ha habido más que animación esta noche en su casa de V., señor asesor?

BRACK.—Hasta tal punto que aún no me he desnudado, señora.

HEDDA.—¿Hola? ¡V. tampoco!

BRACK.—Como V. ve. Pero ¿qué le ha contado Tesman sobre el particular?

HEDDA.—¡Oh! Nada más que pormenores enojosos. Sé únicamente que fueron á tomar el café en casa de uno.

BRACK.—Sí, ya me lo han dicho. ¡Supongo que no los acompañó Eylert Loevborg!

HEDDA.—No. Empezaron por acompañarlo á su casa.

BRACK.—¿Estaba entre ellos Tesman?

HEDDA.—No. Pero él me ha hablado de otros varios.

BRACK. (*Sonriendo.*)—Jorge Tesman es un alma confiada, señora.

HEDDA.—¡Ah! ¡Bien puede decirse! ¡Entonces hay algo bajo todo esto!

BRACK.—No diré que no.

HEDDA.—¡Vamos! Sentémonos, señor asesor. Así estará V. mejor para contármelo todo.

(*Se sienta en el lado izquierdo de la mesa, Brack en el contiguo, cerca de Hedda.*)

HEDDA.—Sepamos.

BRACK.—Yo tenía motivos esta noche para seguir los hechos y gestos de mis convidados, ó, más bien, los de algunos de ellos.

HEDDA.—Eylert Loevborg, supongo, sería del número.

BRACK.—Debo confesar que sí.

HEDDA.—Pica V. mi curiosidad de veras.

BRACK.—¿Sabe V., señora, dónde han pasado el resto de la noche él y algunos otros?

HEDDA.—Si puede decirse, dígalo.

BRACK.—¡Oh! Puede decirse sin inconveniente. La han pasado en una reunión animadísima.

HEDDA.—¿De esas en que hay bulla?

BRACK.—Sí, toda la posible.

HEDDA.—Veamos, asesor. Cuénteme V. eso.

BRACK.—Loevborg era de los que habían recibido una invitación. Yo lo sabía. Pero el hombre, como ha mudado la piel, según V. sabe, había rehusado.

HEDDA.—Sí, esa transformación ha tenido efecto en casa de los Elvsted. Pero bien; acabó por ir, á pesar de los pesares, ¿no es así?

BRACK.—¡Qué quiere V.! Desgraciadamente esta noche le vino la inspiración en mi casa.

HEDDA.—Justo. Me han hablado de esa inspiración.

BRACK.—Sí. Y hasta tomó proporciones bastante alarmantes. Por eso cambiaría de ideas. Porque, ¡ay!, nosotros, los hombres, no siempre somos tan firmes en punto á principios como deberíamos serlo.

HEDDA.—¡Oh! V. es una excepción sin duda, señor Brack. ¿Pero decía V. que Loevborg...?

BRACK.—Sí, en resumen: acabó por dar con su persona en los salones de Diana.

HEDDA.—¿De Diana?

BRACK.—Sí, porque en casa de esa señorita es donde se reunía una tertulia selecta de amigas y de admiradores.

HEDDA.—¿Es una dama de pelo rojo?

BRACK.—Precisamente.

HEDDA.—¿Una especie de cantante?

BRACK.—Sí, si V. quiere; y también

de cazadora. Se dedica á la caza de hombres, señora. V. habrá oído hablar de ella. Eylert Loevborg, en sus buenos días, fué uno de sus más animosos protectores.

HEDDA.—¿Y cómo acabó todo eso?

BRACK.—El fin es menos divertido. De la acogida más cariñosa, la señorita Diana pasó á vías de hecho.

HEDDA.—¿Contra Loevborg?

BRACK.—Sí. El se quejaba de que ella ó sus amigas le habían robado. Decía que había desaparecido su cartera y no sé qué más. En resolución: una zambra de mil demonios.

HEDDA.—¿Y cuál fué el desenlace?

BRACK.—Una pelea general de damas y caballeros. Felizmente, llegó á intervenir la policía.

HEDDA.—¡Cómo! ¿La policía?

BRACK.—Sí. Es un lance que costará caro á ese tarambana de Loevborg.

HEDDA.—¡Ah!

BRACK.—Parece que hizo resistencia. Dicen que abofeteó á uno de los agentes y que le rompió el uniforme. A consecuencia de eso, lo han llevado á la prevención.

HEDDA.—¿Y cómo sabe V. todo eso?

BRACK.—Por la misma policía.

HEDDA. (*Mirando de frente, inmóvil.*)
—¡De modo que eso es lo ocurrido! ¿No hubo corona de pámpanos?

BRACK.—¿Corona de pámpanos, señora?

HEDDA. (*Cambiando de tono.*)—Pero diga V., asesor: ¿qué motivos tiene V. para seguir la pista de ese modo á Eylert Loevborg, para espiar sus acciones?

BRACK.—Por el pronto, no puede serme indiferente que conste en el sumario que iba directamente de mi casa.

HEDDA.—¿Quiere decir que ahora habrá sumario?

BRACK.—Se supone. Por lo demás, ¡suceda lo que quiera! A mí nada me va ni me viene. Pero, como amigo de la casa, me he creído en el deber de procurar que V. y Tesman estuviesen al tanto de esas hazañas nocturnas.

HEDDA.—¿Y por qué, asesor?

BRACK.—Pues porque temo seriamente que quiera servirse de Vds. como de una especie de pantalla.

HEDDA.—¡Qué cosas tiene V.!

BRACK.—¡Pero, Señor! No somos ciegos. Y si no, recapacite V. misma un instante. Esa señora de Elvsted tenga V. por seguro que no se irá tan pronto de la ciudad.

HEDDA.—¡Oh! Si hubiese algo entre ellos, encontrarían otros muchos sitios donde verse.

BRACK.—Sí; pero no un hogar doméstico. Toda familia que se respete cerrará su casa, de aquí en adelante, á Eylert Loevborg.

HEDDA.—Y yo, ¿debería hacer otro tanto? ¿Es eso lo que quiere V. decir?

BRACK.—Sí. Me sería más que penoso, lo confieso, que ese señor tuviese entrada aquí. Si ese elemento extraño, superfluo, se introdujese en...

HEDDA.—En el triángulo.

BRACK.—Cabalmente. Eso equivaldría para mí á la pérdida de un hogar.

HEDDA. (*Lo mira sonriendo.*)—De manera que gallo único de la casa: ¡he ahí el objeto de V.!

BRACK. (*En voz baja é inclinando lentamente la cabeza en señal de asentimiento.*)—Sí, ese es mi objeto, y trataré de conseguirlo por todos los medios que estén en mi mano.

HEDDA. (*Cuya sonrisa se desvanece poco á poco.*)—Es V. un hombre peligroso cuando se empeña la partida.

BRACK.—¿Le parece á V.?

HEDDA.—Sí, empiezo á creerlo. Y me tendré por muy dichosa mientras no pueda V. tomarla conmigo.

BRACK. (*Con una sonrisa ambigua.*)—¡Pch! Puede que tenga V. razón. ¡Quién sabe si, llegado el caso, no sería yo hombre para encontrar un buen expediente!

HEDDA.—¡Esas tenemos, asesor! Cualquiera lo tomaría por una amenaza.

BRACK. (*Levantándose.*)—¡Nada más lejos de mi ánimo! Para que el triángulo pueda defenderse bien, ha de mediar, ante todo, libre consentimiento.

HEDDA.—Eso creo yo.

BRACK.—¡Ea! He dicho lo que tenía que decir. Y ahora es cosa de pensar en volverme á casa. ¡Adiós, señora!

(*Se dirige hacia la puerta-vidriera.*)

HEDDA. (*Levantándose.*)—¿Se va V. por el jardín?

BRACK.—Sí: acorto.

HEDDA.—Y además le gustan á V. las puertas excusadas.

BRACK.—Así es. No me disgustan. A veces ofrecen novedades imprevistas.

HEDDA.—Como, por ejemplo, recibir algún tiro, ¿verdad?

BRACK. (*Sonriendo, ya en la puerta.*)—

¡Oh! ¡Nadie tira á sus gallos domésticos!

HEDDA. (*Sonriendo también.*)—No, es verdad, cuando no hay más que uno en la casa.

(*Se hacen signos de despedida con la cabeza, riendo. Vase Brack. Hedda cierra la puerta y permanece un momento grave é inmóvil, mirando hacia el jardín. Después se aleja de la vidriera y separa un instante la cortina para dirigir una ojeada á la pieza del fondo. Luego se acerca á su escritorio, saca el manuscrito de Loevborg de entre los libros y se dispone á hojearlo. Se oye á Berta hablar muy alto en el vestibulo. Hedda se vuelve y escucha. A poco guarda apresuradamente el manuscrito en el cajón del escritorio y dejó la llave sobre el cartapacio. Eylert Loevborg, con sobretodo y el sombrero en la mano, abre violentamente la puerta del vestibulo. Parece ligeramente turbado y sobreexcitado.*)

LOEBORG. (*Volviendo la cabeza hacia el vestibulo.*)—¡Le digo á V. que tengo que entrar! ¡Ea! (*Cierra la puerta, se vuelve, ve á Hedda, se domina al momento y saluda.*)

HEDDA. (*Cerca del escritorio.*)—¡Vamos, señor Loevborg! Viene V. á buscar á Thea un poco tarde.

LOEBORG.—O vengo á su casa de V. un poco temprano. Tenga V. la bondad de dispensarme.

HEDDA.—¿Cómo sabe V. que está aquí ella todavía?

LOEBORG.—Me han dicho en la casa de huéspedes que no había vuelto esta noche.

HEDDA. (*Acercándose á la mesa gran-*

de.)—¿Qué cara pusieron cuando preguntó V.?

LOEVborg. (*Con una mirada interrogadora.*)—¿Qué cara, dice V.?

HEDDA.—Sí, le pregunto si parecían ocultar algún pensamiento.

LOEVborg. (*Comprendiendo de pronto.*)—¡Ah, sí! ¡Es claro! ¡La pierdo conmigo! Pero no he notado nada en la cara de la gente. Tesman no se ha levantado aún, ¿verdad?

HEDDA.—No, no creo.

LOEVborg.—¿A qué hora volvió?

HEDDA.—Muy tarde.

LOEVborg.—¿No le ha contado á V. nada?

HEDDA.—Sí. Sé que hubo mucho jaleo en casa del asesor Brack.

LOEVborg.—¿Nada más?

HEDDA.—Creo que no. Por mi parte, tenía tanto sueño...

(Thea abre las cortinas de la pieza del fondo, y entra.)

THEA. (*Dirigiéndose hacia Loevborg.*)—¡Oh, Loevborg! ¡Por fin!

LOEVborg.—Sí, por fin. ¡Y demasiado tarde!

THEA. (*Mirándolo con inquietud.*)—¿Cómo demasiado tarde? ¿En qué sentido?

LOEVborg.—En todos. Soy hombre al agua.

THEA.—¡Oh, no, no!... ¡No digas eso!

LOEVborg.—Ya lo dirás tú misma, cuando te enteres.

THEA.—No quiero saber nada.

HEDDA.—¿Vds. querrán quizá hablar á solas? En ese caso me retiro.

LOEVborg.—No. Quédese V.; V. también. Se lo ruego.

THEA.—¡Sí, pero repito que no quiero saber nada!

LOEVborg.—No se trata de lo que ha pasado esta noche.

THEA.—Pues, ¿de qué?

LOEVborg.—De que en adelante se separan nuestros caminos.

THEA.—¡Que se separan nuestros caminos!

HEDDA. (*Involuntariamente.*)—¡Ya lo sabía yo!

LOEVborg.—No tengo ya ocupación para ti, Thea.

THEA.—¡Y vienes á decírmelo así! ¡No tienes ocupación! ¿Pues no puedo ayudarte como hasta ahora? ¿No podemos seguir trabajando juntos? Di.

LOEVborg.—No pienso ya en bajar.

THEA. (*Con profundo desaliento.*)—¿Qué voy yo á hacer de mi vida entonces?

LOEVborg.—Es necesario que trates de vivir como si no me hubieses conocido nunca.

THEA.—¡Pero si eso me es imposible!

LOEVborg.—Haz un esfuerzo, Thea. Puedes volver á tu casa.

THEA. (*Sublevándose.*)—¡Jamás en la vida! ¡Donde tú estés, allí quiero estar yo! ¡No me dejo despedir de este modo! Quiero quedarme aquí, quiero estar á tu lado, cuando aparezca el libro.

HEDDA. (*Sobreexcitada á media voz.*)—¡Ah, sí, el libro!

LOEVborg. (*Mirándola.*)—Nuestro li-

bro, el mío y de Thea. Porque es de los dos.

THEA.—Sí, eso es. ¡Por lo mismo, tengo el derecho de estar á tu lado, cuando se publique! Quiero velar por que no te falten los honores y el aprecio debidos. ¡Y qué me dices de la alegría! ¡de la alegría que quiero compartir contigo!

LOEVBORG. Thea, nuestro libro no verá la luz nunca.

HEDDA.—¡Ah!

THEA.—¡No verá la luz!

LOEVBORG.—Ya no es posible.

THEA. (*Con doloroso presentimiento.*)—Loevborg, ¿qué has hecho del manuscrito?

HEDDA. (*Mirándolo febrilmente.*)—¿Sí, el manuscrito?

THEA.—¿Dónde está?

LOEVBORG.—¡Oh! No me lo preguntes.

THEA.—Sí, quiero saberlo. Tengo el derecho de saberlo, y en el acto.

LOEVBORG.—El manuscrito... ¡Bien! ¡pues sí! Lo he hecho mil pedazos.

THEA. (*Profiriendo un grito.*)—¡Oh! ¡No, no!

HEDDA. (*Involuntariamente.*)—¡Eso no es verdad!

LOEVBORG. (*Mirándola.*)—¡V. cree que no es verdad!

HEDDA. (*Recobrando la calma.*)—Sí, puesto que V. lo dice, ¿por qué no? Pero me parecía tan absurdo...

LOEVBORG.—Pues, á pesar de todo, es cierto.

THEA. (*Retorciéndose las manos.*)—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! Hedda! ¡Ha destruido su obra!

LOEVBORG.—¡He destruido mi propia vida! ¿Qué mucho que haga otro tanto con la obra de mi vida?

THEA.—¡He ahí, pues, lo que hiciste anoche!

LOEVBORG.—Sí. Oyelo bien: roto en mil pedazos. Y los pedazos los he arrojado al furdo, muy lejos. Allí, al menos, hay agua de mar bien fresca. Que se los lleve. Que se vayan con la corriente, á merced del viento. Dentro de poco se irán al fondo. Más abajo, cada vez más abajo... Como yo, Thea.

THEA.—¿Sabes tú, Loevborg? Ese libro... Toda la vida me parecerá que has ahogado á un hijo.

LOEVBORG.—Tienes razón. Es una especie de infanticidio.

THEA.—Pero ¿cómo has podido tú...? Ese hijo era tan mío como tuyo.

HEDDA. (*Casi afónica.*)—¡Oh! El hijo...

THEA. (*Respirando trabajosamente.*)—¡De manera que ha acabado todo! Sí, sí, Hedda, ahora me voy.

HEDDA.—¿No pensarás, sin embargo, volver á partir?

THEA.—¡Oh! No sé lo que haré. No veo más que tinieblas alrededor de mí.

(*Vase por la puerta del vestíbulo.*)

HEDDA. (*Espera un instante inmóvil.*)—Pero ¿no se decide V. á acompañarla, señor Loevborg?

LOEVBORG.—¡Yo! ¡Por las calles! Para que se vea que va á mi lado, ¿no es verdad?

HEDDA.—¡Dios mío! Yo no sé á punto fijo lo que ha pasado esta noche. Pero ¿es que es absolutamente irreparable?

LOEVNBORG.—No se reducirá todo á esta noche. Es seguro. Pero lo grave es que esa vida, tampoco tengo fuerzas para llevarla. Imposible volver á empezar. Esa mujer ha destruido en mí todo valor y toda audacia.

HEDDA. (*Con la mirada fija hacia adelante.*)—Esa monería de muñequita ha puesto los dedos en un destino humano. (*Mirando á Loevborg.*) Pero ¡aun así! ¿Cómo ha podido V. tener tan poco corazón con ella?

LOEVNBORG.—¡Oh! ¡No diga V. que no he tenido corazón!

HEDDA.—¡Ir á destruir de ese modo una cosa que ha llenado su alma durante tanto tiempo! ¿No se llama eso falta de corazón?

LOEVNBORG.—Hedda, á V. puedo decirle la verdad.

HEDDA.—¿La verdad?

LOEVNBORG.—Ante todo permítame V.: ha de darme su palabra de que Thea no sabrá nunca lo que voy á contarle.

HEDDA.—Se la doy.

LOEVNBORG.—Bien. Pues sepa V. que no hay nada de cierto en lo que acabo de decir.

HEDDA.—¿Se refiere V. á ese manuscrito?

LOEVNBORG.—Sí. Ni lo he roto, ni lo he tirado al furdo.

HEDDA.—No, no; pero ¿dónde está entonces?

LOEVNBORG.—¡Lo cual no quita, Hedda, para que haya destruido mi obra de todos modos!

HEDDA.—No comprendo.

LOEVNBORG.—Thea acaba de decir que

mi acción le producía el efecto de un infanticidio.

HEDDA.—Sí, eso dijo.

LOEVNBORG.—¡Pues bien! Matar á un hijo no es todavía el peor de los crímenes que puede cometer con él un padre.

HEDDA.—¿Que no es el peor de los crímenes?

LOEVNBORG.—No. El peor de todos es el que yo he callado por consideración á Thea.

HEDDA.—¿Y qué crimen es ese?

LOEVNBORG.—Suponga V. que un hombre, después de una noche de excesos locos, vuelve á su casa al amanecer y va á decir á la madre de su hijo: «Oye, he andado de acá para allá, en tales y cuales sitios. Llevaba á esos sitios á nuestro hijo, y el niño ha desaparecido. No lo traigo. El diablo que sepa en qué manos ha caído.»

HEDDA.—Sí, pero aunque el diablo anduviese en el negocio, al fin no se trataba más que de un libro.

LOEVNBORG.—A ese libro había pasado el alma pura de Thea.

HEDDA.—Sí, comprendo.

LOEVNBORG.—Entonces comprenderá V. también que no hay porvenir ahora para ella ni para mí.

HEDDA.—¿Y qué camino va V. á tomar?

LOEVNBORG.—Ninguno. Yo no quiero más que una cosa: que acabe todo esto. Cuanto antes, mejor.

HEDDA. (*Dando un paso hacia él.*)—Oiga V., Loevborg, ¿no podría arreglarse de modo que eso se hiciese en buena forma?

LOEVNBORG.—¿En buena forma? (*Son-*

riendo.) ¿Con pámpanos en la cabeza, como V. se figuraba un día?

HEDDA.—¡Oh, no! Ya no creo en los pámpanos. Pero en buena forma, de todos modos. ¡Una vez siquiera! ¡Adiós! Y ahora márchese y no vuelva.

LOEBVORG.—Adiós, señora. Mil cosas de mi parte á Jorge Tesman.

(*Va á salir.*)

HEDDA.—¡No, aguarde V.! Es preciso que se lleve un recuerdo mío.

(*Se acerca al escritorio, abre primero el cajón donde guardó las pistolas, después la caja que las contiene, saca una y se vuelve hacia Loebvborg.*)

LOEBVORG. (*Mirándola.*)—¿Eso? ¿Es ese el recuerdo?

HEDDA. (*Inclinando la cabeza pausadamente en señal de asentimiento.*)—¿La conoce? Un día estuvo dirigida contra V.

LOEBVORG.—Aquel día debió V. utilizarla.

HEDDA.—¡Pues bien! Utilicela V. mismo ahora.

LOEBVORG. (*Guardándose la pistola en el bolsillo.*)—¡Gracias!

HEDDA.—¡En buena forma, Loebvborg! Prométamelo.

LOEBVORG.—Adiós, Hedda Gabler.

(*Vase por la puerta del vestíbulo. Hedda escucha un momento á la puerta. Se acerca después al escritorio y saca el manuscrito. Mira un instante la cubierta, entresaca algunas hojas á las cuales dirige una ojeada. Luego va á sentarse en el sillón colocado junto á la estufa, con el manuscrito sobre las rodillas. Al cabo*

de un instante abre el paquete y saca el manuscrito de la cubierta.)

HEDDA. (*Arroja uno de los cuádnos á la estufa y murmura.*)—¡Ahora quedo á tu hijo, Thea, la hermosa de cabellos rizosos! (*Arroja otros varios cuádnos.*) El hijo que tuviste con Eylert Loebvborg. (*Tira el resto.*) Ahora quedo, quedo al hijo.

ACTO CUARTO

La misma decoración. Es de noche. El salón está á oscuras, y la pieza del fondo iluminada por la lámpara suspendida sobre la mesa. Los portieres de la puerta-vidriera se hallan corridos.

(*Hedda, vestida de negro, vaga por el salón oscuro. Después pasa á la pieza del fondo y desaparece por la izquierda. Se oyen algunos acordes en el piano. Reaparece Hedda y entra en el salón. Berta, saliendo por la derecha, atraviesa la pieza del fondo, y entra en el salón con una lámpara encendida que pone sobre la mesa delante del sofá del rincón. Tiene los ojos encarnados de tanto llorar, y lleva una cinta negra sobre la falda en señal de luto. Un momento después entra Julia por la puerta del vestíbulo. Está de luto y conserva puesto el sombrero y el velo. Hedda sale á su encuentro y le da la mano.*)

JULIA.—Sí, Hedda, vengo vestida de luto. Mi pobre hermana está libre al fin de sus largos sufrimientos.

HEDDA.—Ya lo sabía, como ve, V.

Me lo ha participado Tesman en una carta.

JULIA.—Sí, me lo había prometido. Pero he creído hacer bien en venir yo misma á anunciar la muerte en esta casa donde reina la vida, en la casa de Hedda.

HEDDA.—Es V. muy buena.

JULIA.—¡Oh! Rina no hubiese debido abandonarnos ahora. La casa de Hedda no debería estar de luto en este instante.

HEDDA. (*Procurando desviar la conversación.*)—Los últimos momentos fueron muy tranquilos, ¿no es verdad, señora?

JULIA.—¡Sí, muy tranquilos y muy dulces! ¡Los lazos que la retenían se han roto tan suavemente! Y luego, ¡ha sido para ella tan inmensa felicidad volver á ver á Jorge y poder despedirse de él! ¿No ha vuelto todavía?

HEDDA.—No, me ha escrito diciéndome que no lo espere tan pronto. Pero tome V. asiento.

JULIA.—¡No, gracias, mi querida Hedda, bendita mía! No desearía otra cosa, pero tengo tan poco tiempo... Ahora voy á amortajar á la pobre difunta y á arreglarla lo mejor que pueda. Es menester que esté muy hermosa para bajar á la tumba.

HEDDA.—¿No puedo ayudar á V. en algo?

JULIA.—¡Qué locura! Hedda Tesman no puede poner la mano en esas cosas, ni pensar siquiera en ellas.

HEDDA.—¡Oh! El pensamiento ¿quién lo domina?

JULIA. (*Sin cambiar de tono.*) Pues

¿qué remedio? El mundo es así. En casa se va á coser el sudario de Rina. Aquí también habrá costura dentro de poco, me figuro. Pero ¡gracias á Dios! será costura de otra clase.

(*Entra Jorge Tesman por la puerta del vestíbulo.*)

HEDDA.—Menos mal, que vuelves al fin.

TESMAN.—¡Ah! ¡Tú aquí, tía Julia! ¿Con Hedda? ¿Eh?

JULIA.—Iba á marcharme, hijo mío. ¿Y qué? ¿Has arreglado todo lo que me prometiste?

TESMAN.—No, mucho me temo haber olvidado la mitad. Volveré por tu casa mañana, porque hoy tengo trastornada la cabeza. Yo no sé lo que pienso.

JULIA.—Vamos, Jorge, no hay que tomar las cosas así.

TESMAN.—¿No? Pues ¿cómo quieres que las tome?

JULIA.—Hay que estar contentos en medio del dolor, contentos de lo que ha sucedido, como lo estoy yo misma.

TESMAN.—¡Ah, sí! Tú piensas en tía Rina.

HEDDA.—¡Qué sola se va á encontrar V. en adelante!

JULIA.—Sí, los primeros días. Pero espero que no ha de durar mucho. El cuartito de Rina no debe quedar vacío.

TESMAN.—¿No? ¿Quién vas á meter allí?

JULIA.—¡Ay! Nunca falta una pobre enferma necesitada de cuidados y de cariño.

HEDDA.—¿Y tendría V. valor para volver á cargar con semejante cruz?

JULIA.—¡Cruz! ¡Por Dios, hija mía! Eso no ha sido cruz para mí.

HEDDA.—Pero si ahora tiene V. una persona extraña...

JULIA.—¡Oh! Pronto se hace una amiga de los enfermos. Y además, yo también necesito tanto vivir para alguien... Gracias al cielo, probablemente habrá ocupación en esta casa para la viejecita de la tía.

HEDDA.—¡Oh! ¡No hable V. de nosotros!

TESMAN.—Sí, mujer. Pues poco bien que estaríamos los tres juntitos, si...

HEDDA.—Si...

TESMAN. (*Inquieto.*)—¡No, nada! Todo se arreglará. Digo... es de suponer. ¿Eh?

JULIA.—Sí, sí. ¡Ya veo que tenéis que hablar los dos! (*Sonriendo.*) Y puede que Hedda te confíe algo, Jorge. ¡Hasta otro rato! Tengo que volverme á casa. (*Llegada á la puerta, se detiene.*) ¡Qué cosa tan extraña, Dios mío! ¡Ahora Rina está á la vez conmigo y con el difunto Joaquín!

TESMAN.—Sí. ¡Quién había de pensarlo, tía Julia! ¿Eh?

(*Vase Julia por el vestíbulo.*)

HEDDA. (*Sigue á Tesman con una mirada fría y escrutadora.*)—Voy creyendo que esa muerte te llega á ti más al alma que á ella.

TESMAN.—¡Oh! No se trata sólo de la muerte de tía Rina. Es que ese Eylert me tiene también tan intranquilo...

HEDDA. (*Vivamente.*)—¿Le ha sucedido algo?

TESMAN.—Corrí á su casa esta tarde para decirle que el manuscrito estaba en buenas manos.

HEDDA.—¿Y qué? ¿No lo encontraste?

TESMAN.—No, no estaba en casa. Pero después encontré á Thea, y me dijo que él vino aquí esta mañana.

HEDDA.—Sí, inmediatamente después de marcharte tú.

TESMAN.—Y que afirmaba que había roto el manuscrito. ¿Eh?

HEDDA.—Sí, lo afirmó.

TESMAN.—¡Señor, eso prueba que ha perdido el juicio! ¿Y tú no te habrás atrevido á devolvérselo, Hedda?

HEDDA.—No, no se lo he dado.

TESMAN.—¿Pero le habrás dicho, por lo menos, que está aquí?

HEDDA.—No. (*Vivamente.*) ¿Se le dijiste acaso á Thea?

TESMAN.—No, no quise. Pero á él debiste decírselo. ¡Ya ves! ¡Si en un arranque de desesperación se le ocurriese una atrocidad! ¡Dame corriendo el manuscrito, Hedda! Voy á llevárselo inmediatamente. ¿Dónde lo pusiste?

HEDDA. (*Fría é inmóvil, apoyada en el sillón.*)—No lo tengo ya.

TESMAN.—¡Que no lo tienes ya! ¡En nombre del cielo! ¿Qué es lo que dices?

HEDDA.—Lo he quemado, completamente.

TESMAN. (*Con un movimiento de espanto.*)—¡Quemado! ¡Has quemado el manuscrito de Eylert!

HEDDA.—Pero no grites así. Te va á oír la criada.

TESMAN.—¡Quemado! ¡Dios de misericordia! ¡No, no, no, no es posible!

HEDDA.—Es la pura verdad, sin embargo.

TESMAN.—Pero, ¿sabes bien lo que has hecho, Hedda? ¡Es un uso ilícito de objetos encontrados! ¡Ahí es nada! Pregunta, pregunta al asesor, y él te dirá.

HEDDA.—Lo mejor, en mi sentir, es que no hables de esto al asesor Brack ni á nadie.

TESMAN.—Pero, ¿cómo has podido hacer una cosa tan inaudita? ¿Cómo ha podido ocurrirsete tal idea? ¿A qué ha venido eso? Respóndeme... ¿Eh?

HEDDA. *Reprimiendo una ligera sonrisa.*—Jorge, lo he hecho por ti.

TESMAN.—¡Por mí!

HEDDA.—Cuando, al volver esta mañana me dijiste que te había leído su manuscrito...

TESMAN.—Sí. ¿Qué?

HEDDA.—Me confesaste que esa obra te había dado envidia.

TESMAN.—¡Dios mío! Eso era una manera de hablar.

HEDDA.—¡No importa! Yo no podía soportar la idea de que otro te relegase á un segundo término.

TESMAN. *Con una explosión de alegría mezclada de duda.*—¡Oh, Hedda! ¿Es verdad lo que dices? Pero si... pero si nunca hasta ahora se había manifestado tu amor de esa manera.

HEDDA.—En fin, será mejor decirte que desde hace algún tiempo... *(Se detiene, y añade con violencia.)* No, no, pregunta á tía Julia. Ella te lo dirá.

TESMAN.—¡Oh! ¡Casi se me figura

comprenderte, Hedda! *(Juntando las manos.)* ¡Gran Dios! ¡Sería posible! ¿Eh?

HEDDA.—Que no grites así. Podría oírte la criada.

TESMAN. *(Con una sonrisa de beatitud.)*—¡La criada! ¡Qué original eres, Hedda! ¡La criada! ¡Pero si la criada es Berta! Yo mismo voy á darle ahora la noticia.

HEDDA. *(Retorciéndose las manos con una especie de desesperación.)*—¡Oh! ¡Me ahoga, me ahoga todo esto!

TESMAN.—¿El qué, Hedda?

HEDDA. *(Friamente, dominándose.)*—Todas estas ridiculeces, Jorge.

TESMAN.—¿Ridiculeces? ¿Es ridículo que mi alma rebose de felicidad? Pero, en efecto, ¿quizá sería mejor que no dijese nada á Berta.

HEDDA.—Sí, hombre, al contrario. ¿Por qué no?

TESMAN.—No, no, todavía no. Pero, por lo que hace á tía Julia, es forzoso que lo sepa. ¡Y que sepa también que empiezas á llamarme Jorge! ¡Oh, qué contenta, que contenta se va á poner!

HEDDA.—¿Al saber que he quemado el manuscrito de Loevborg por ti?

TESMAN.—¡Ah, no! Es verdad. Me olvidaba. Naturalmente, eso no ha de saberlo nadie. ¡Pero lo que sí debe saber tía Julia es que tú ardes en amor por mí! Y yo, por mi parte, quería saber si no les pasan frecuentemente estas cosas á las jóvenes que... Di. ¿Eh?

HEDDA.—No tienes más que preguntárselo también á tía Julia.

TESMAN.—No dejaré de hacerlo. *(Su semblante se torna inquieto y pensativo.)*

¡Oh, ese manuscrito, ese manuscrito!
¡Dios poderoso! De todas maneras, es
una cosa horrible. ¡Cuando uno piensa
en ese desgraciado Eylert!

(Thea, *vestida como en su primera visita, con sombrero y abrigo, entra por el vestíbulo.*)

THEA. (*Saluda precipitadamente, y dice, presa de gran agitación.*)—¡Oh, querida Hedda! Dispénsame que vuelva aún.

HEDDA.—¿Qué hay, Thea?

TESMAN.—¿Se trata nuevamente de Eylert Loevborg? ¿Eh?

THEA.—Sí. ¡Temo tanto que le haya sucedido una desgracia!

HEDDA. (*Cogiéndola de un brazo.*)—¡Ah! ¡Crees tú eso!

TESMAN.—¡Santo Dios! ¿De dónde le viene á V. esa idea?

THEA.—Oí que hablaban de él en la casa de huéspedes cuando yo entraba. ¡Oh! ¡Se cuentan hoy cosas tan increíbles en la ciudad!...

TESMAN.—Sí, he oído todo eso. ¡Fíjese V.! Cuando yo puedo atestiguar que volvió á acostarse.

HEDDA.—Bien. ¿Y qué se decía?

THEA.—¡Oh! No he podido saber nada. Puede que no supiesen nada más, ó que se callasen al verme. Y yo no me atreví á preguntar, por mi parte.

TESMAN. (*Dando vueltas, inquieto, por la habitación.*)—¡Hay que creer, hay que creer que habrá V. oído mal, señora!

THEA.—No, no, estoy segura de que hablaban de él. Comprendí perfectamente que se trataba de hospital, ó...

TESMAN.—¿De hospital?

HEDDA.—¡No, no es posible!

THEA.—¡Oh! Entonces me entró un miedo de muerte y fui á pedir noticias á su alojamiento.

HEDDA.—¡Hiciste tú eso, Thea!

THEA.—¿Qué otra cosa podía hacer? Me sería imposible soportar esta incertidumbre.

TESMAN.—¿Y se ha quedado V. como los demás? No lo ha encontrado, ¡eh!

THEA.—No. Y en la casa no tenían noticias de él. Me han dicho que desde ayer no había vuelto.

TESMAN.—¡Desde ayer! ¡Vamos! ¡Cómo pueden decir tal cosa!

THEA.—¡Oh! ¡Veo claramente que ha ocurrido una desgracia!

TESMAN.—¿Qué te parece á ti, Hedda? Yo podría ir á informarme por ahí...

HEDDA.—No, no, no te mezcles en eso.

(*Entra Brack, con el sombrero en la mano, por la puerta del corredor, que Berta abre, y cierra después. Se presenta con aspecto grave, y saluda silenciosamente.*)

TESMAN.—¡Ah! Es V., querido asesor. ¡Eh!

BRACK.—Sí. Tengo motivos imperiosos para venir á su casa esta noche.

TESMAN.—Le conozco á V. en la cara que ha recibido la carta de tía Julia.

BRACK.—Sí, la he recibido.

TESMAN.—¡Triste cosa! ¿verdad?

BRACK.—Según se mire, mi querido Tesman.

TESMAN. (*Con mirada poco segura.*)—¿Habría algo más?

BRACK.—Sí.

HEDDA. (*Febrilmente.*)—¿Algo triste, asesor?

BRACK.—Según se mire también, señora.

THEA. (*Exclama involuntariamente.*)—¡Oh! ¡Se trata de Eyler Loevborg!

BRACK. (*Mirándola un instante.*)—¿Qué la induce á V. á creerlo? ¿Es que sabe V. algo?

THEA. (*Turbada.*)—No, no, no sé nada; pero...

TESMAN.—¡Pero, en nombre del cielo, hable V.!

BRACK. (*Encogiéndose de hombros.*)—¡En fin, al caso! Ha ocurrido una desgracia. Ha habido que llevar al hospital á Eylert Loevborg. En este momento debe estar en la agonía.

THEA. (*Lanzando un grito.*)—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío!

HEDDA. (*Involuntariamente.*)—¡Ya!

THEA. (*En tono quejumbroso.*)—¡Y nos hemos separado sin reconciliarnos, Hedda!

HEDDA. (*Aparte á Thea.*)—¡Thea! ¡Vamos, Thea!

THEA. (*Sin hacer caso.*)—¡Yo quiero estar á su lado! ¡Quiero verlo antes de morir!

BRACK.—Daría V. un paso inútil, señora. Nadie puede acercarse á él.

THEA.—¡Pero dígame V. siquiera lo que le ha sucedido! ¿Qué ha pasado?

TESMAN.—Por supuesto, ¡él no se habrá...! ¿Eh?

HEDDA.—Sí, estoy segura de que lo ha hecho.

TESMAN.—¡Oh, Hedda! ¡Cómo puedes tú...!

BRACK. (*Sin apartar los ojos de ella.*)—Por desgracia, ha acertado V., señora.

THEA.—¡Oh! ¡Es espantoso!

TESMAN.—¡Con su propia mano! ¡Quién lo diría!

HEDDA.—¡De un pistoletazo!

BRACK.—Ha vuelto V. á acertar, señora.

THEA. (*Tratando de dominarse.*)—¿Cuándo ha ocurrido eso, señor asesor?

BRACK.—Esta tarde. Entre tres y cuatro.

TESMAN.—Pero, ¡Señor! ¿Dónde ha hecho eso? ¿Eh?

BRACK. (*Vacilando.*)—¿Dónde? ¡Pch, querido! Probablemente en su casa.

THEA.—No, no es posible. Estuve yo allí de seis á siete.

BRACK.—¡Bien! Pues entonces sería en otra parte. No puedo decir. Todo lo que sé es que lo han encontrado. Se había disparado un tiro en el pecho.

THEA.—¡Qué horror! ¡Pensar que debía acabar así!

HEDDA. (*A Brack.*)—¿En el pecho, dice V.?

BRACK.—Sí, eso.

HEDDA.—¿No en la sien?

BRACK.—No, señora; en el pecho.

HEDDA.—Sí, el pecho es también un buen sitio.

BRACK.—¿Cómo, señora?

HEDDA. (*Friamente.*)—¡Oh! Nada.

TESMAN.—Y dice V. que la herida es de peligro, ¿eh?

BRACK.—La herida es necesariamente mortal. Es probable que todo haya acabado á estas horas.

THEA.—Sí, sí, tengo ese presenti-

miento. ¡Todo ha acabado! ¡Todo! ¡Oh, Hedda!

TESMAN.—Pero, dígame V., ¿dónde ha sabido todo eso?

BRACK.—Lo sé por un agente de policía.

HEDDA. (*Con voz clara y sonora.*)—¡En fin! ¡He ahí lo que se llama un acto!

TESMAN. (*Espantado.*)—¡Santo Dios! ¡Qué es lo que dices, Hedda!

HEDDA.—Digo que hay en eso algo de hermoso.

BRACK.—¡Hum! Señora de Tesman.

TESMAN.—¿Qué hay de hermoso? ¡Di!

THEA.—¡Hedda, cómo puedes hablar de hermosura en tales circunstancias!

HEDDA.—Eylert Loevborg se ha hecho justicia á sí mismo. Ha tenido el valor de hacer lo que debía.

THEA.—No, no creo tal cosa. Lo que ha hecho lo ha hecho en un momento de locura.

TESMAN.—¡O más bien en un arranque de desesperación!

HEDDA.—¡No! Estoy segura de lo contrario.

THEA.—¡Sí! Lo hizo en un momento de locura, como cuando rompió los cuernos.

BRACK. (*Sobrecogido.*)—¿Los cuadernos? Quiere V. decir el manuscrito. ¿Lo rompió?

THEA.—Sí. Anoche.

TESMAN. (*Aparte á Hedda.*)—¡Oh, Hedda! ¡Nunca podremos quitarnos de encima este peso!

BRACK.—¡Hum! Es sumamente extraño.

TESMAN. (*Atravesando el salón.*)—¡Decir que Eylert debía desaparecer así de este mundo! ¡Y que no ha quedado nada de lo que podría inmortalizar su nombre!

THEA.—¡Oh! Si fuese posible reconstruir esa obra...

TESMAN.—¡Sí, por Dios! ¡Si fuese posible reconstruirla! ¡No sé lo que daría por eso!

THEA.—¿Quizá se podría, señor Tesman?

TESMAN.—¿Qué dice V.?

THEA. (*Registrando su bolsillo.*)—Esperare. He conservado las notas que utilizaba para dictar.

HEDDA. (*Dando un paso hacia ella.*)—¡Ah!

TESMAN.—¿Las tiene V., señora? ¿Eh?

THEA.—Sí. Las llevo conmigo. Las saqué de casa al marcharme, y desde entonces han quedado en este bolsillo.

TESMAN.—¡Oh! ¡Déjeme ver!

THEA. (*Presentándole un paquete de cuartillas.*)—Pero todo esto está muy confuso, muy embrollado.

TESMAN.—¡No importa! ¡Si lográsemos orientarnos! Puede que ayudándonos el uno al otro...

THEA.—¡Oh, sí! Probemos al menos.

TESMAN.—¡Es menester que salga! Tiene que salir; consagraré mi vida á esta tarea.

HEDDA.—¿Tú, Jorge? ¿Tu vida?

TESMAN.—Sí, ó, mejor, todo el tiempo de que pueda disponer. Mis colecciones esperarán. ¿Comprendes, Hedda? Tengo una cuenta pendiente con la memoria de Eylert.

HEDDA.—Es posible.

TESMAN.—¡Vamos, señora de Elvsted! ¡Unamos nuestros esfuerzos! ¡Dios mío! ¡A qué viene lamentarse de lo que no tiene remedio! ¡Eh! Procuremos calmar algo nuestro espíritu, lo bastante para poder...

THEA.—Sí, sí, señor Tesman. Yo haré todo lo posible.

TESMAN.—¡Vamos! ¡Venga V.! Es preciso que examinemos esas notas en seguida. ¿Dónde nos sentamos? Aquí. No, mejor es que nos vayamos á la pieza del fondo. ¡Dispense V., querido asesor! Venga V., señora.

HEDDA.—¡Oh, Dios! ¡Si pudiésemos conseguirlo!

(Pasan á la pieza del fondo. Thea se quita el abrigo y el sombrero. Los dos se sientan á la mesa, bajo la lámpara, y se abstraen en el examen de las notas. Hedda se acerca á la estufa y se sienta en el sillón. Poco después se aproxima á ella Brack.)

HEDDA. (*A media voz.*)—¡Oh, asesor! ¡Qué alivio ese fin de Eylert Loevborg!

BRACK.—¡Un alivio, señora! Sí, para él es, en efecto, un alivio.

HEDDA.—Hablo de mí. Es un alivio saber que, al fin y al cabo, no falta en este mundo algo de independencia y de valor, alguna cosa iluminada por rayo de belleza absoluta.

BRACK. (*Sonriendo.*)—¡Hum! Querida amiga.

HEDDA.—¡Oh! Ya sé lo que quiere V. decir. Porque V. también es un especialista como... ¡Vamos!

BRACK. (*Mirándola fijamente.*)—Ey-

lert Loevborg ha sido para V. más de lo que V. se confiesa á sí misma quizá. ¿Me engaño?

HEDDA.—He ahí una pregunta á la que yo no respondo. Sólo sé que Eylert Loevborg ha tenido el valor de vivir á su albedrío. Y ahora veo que ha hecho algo grande, en que hay un reflejo de belleza. ¡Ha querido y podido abandonar tan pronto el banquete de la vida!

BRACK.—Lo siento mucho, señora, pero me veo obligado á arrebatarse á V. una bella ilusión.

HEDDA.—¿Una ilusión?

BRACK.—Que, por otra parte, se habría disipado bien pronto.

HEDDA.—¿Qué quiere V. decir?

BRACK.—Que el suicidio de Eylert Loevborg no ha sido voluntario.

HEDDA.—¿No ha sido voluntario?

BRACK.—No. Las cosas no han pasado exactamente como yo he dicho.

HEDDA.—(*Inquieta.*)—¿Ha disimulado V. algo? ¿El qué?

BRACK.—He tenido que introducir algunas variantes por consideración á su pobre amiga.

HEDDA.—¿Qué variantes?

BRACK.—Por el pronto, Eylert Loevborg ha muerto ya.

HEDDA.—¿En el hospital?

BRACK.—Sí; sin haber recobrado el conocimiento

HEDDA.—¿Qué más tiene V. que añadir?

BRACK.—La catástrofe no ha ocurrido en su cuarto.

HEDDA.—¡Oh! Eso no tiene gran importancia.

BRACK.—Más de lo que V. cree. Porque ha de saber que se ha encontrado á Eylert en el gabinete de Diana.

HEDDA.—(*Hace un esfuerzo para levantarse, pero vuelve á caer en el sillón.*) ¡Eso no puede ser, asesor Brack! ¡Es imposible que haya vuelto allí hoy!

BRACK.—Volvió esta tarde á reclamar una cosa que suponía le habían robado. Hablaba con incoherencia de haber perdido un hijo.

HEDDA.—¡Ah! ¡Es por eso entonces!

BRACK.—Yo me dije que sería probablemente su manuscrito. Ahora sé que lo ha destruido por sus propias manos; por consiguiente, será su cartera.

HEDDA.—Es probable. ¡De modo que es allí donde lo han encontrado!

BRACK.—Sí. Tenía en la mano una pistola descargada. El tiro había sido mortal.

HEDDA.—¡Un pistoletazo en el pecho!

BRACK.—No, en el bajo vientre.

HEDDA. (*Levanta los ojos y lo mira con un gesto de disgusto.*)—¡Completo! ¡Ah! El ridículo y la bajeza alcanzan como una maldición á cuanto yo he tocado.

BRACK.—Hay algo todavía, señora. Algo que se puede calificar de infame.

HEDDA.—¿Y es?

BRACK.—La pistola que tenía.

HEDDA. (*Respirando trabajosamente.*)—Bien. ¿Qué?

BRACK.—Debió robarla.

HEDDA. (*Levantándose de repente.*)—¡Robarla! ¡Eso no es verdad! ¡No hizo tal cosa!

BRACK.—No hay otra explicación posible. Debió robarla. ¡Cht!

(*Tesman y Thea se levantan, y vuelven al salón.*)

TESMAN. (*Con las manos llenas de papeles.*)—Oye, Hedda, me es casi imposible leer á la luz de esa lámpara. ¡Yaves!

HEDDA.—Sí, ya veo.

TESMAN.—¿Nos permites sentarnos un momento á tu escritorio? ¿Eh?

HEDDA.—Sí, me es igual. (*De pronto.*) ¡Aguarda! Antes voy á haceros un poco de sitio.

TESMAN.—¡Oh! No es necesario. Tendremos bastante.

HEDDA.—No, no, voy á haceros sitio, y á poner todo esto en el piano.

(*Saca del fondo de la étagère un objeto cubierto de hojas de papel; agrega algunas hojas más, se lo lleva á la pieza del fondo y vuelve á la izquierda. Tesman pone sus papeles en el escritorio, y trasladada á él la lámpara que estaba en la mesa del rincón. El y Thea se sientan y reanudan su trabajo. Entra Hedda.*)

HEDDA. (*En pie, detrás de la silla de Thea, y acariciándole suavemente el pelo.*)—¿Y qué, Theita? ¿Va adelante ese monumento de Eylert Loevborg?

THEA. (*Mirando á Hedda con desaliento.*)—¡Ay Dios! Será un trabajo terrible entenderse aquí.

TESMAN.—Es menester que salga, cueste lo que cueste. Además, para esto de ordenar papeles ajenos me pinto yo solo.

(*Hedda se aproxima á la estufa, y se sienta en uno de los taburetes. Brack se coloca á su lado, y se inclina hacia ella, apoyado en el respaldo del sillón.*)

HEDDA. (*Cuchicheando.*)—Con que ¿qué decía V. sobre esa pistola?

BRACK. (*En voz baja.*)—Debió robarla.

HEDDA.—¿Por qué quiere V. que la robara?

BRACK.—Porque no debe ser posible otra explicación, señora.

HEDDA.—¡Ah, sí!

BRACK. (*Dirigiéndole una mirada.*)—Naturalmente, Eylert Loevborg vino aquí esta mañana. ¿No es verdad?

HEDDA.—Sí.

BRACK.—¿Estuvo V. sola con él?

HEDDA.—Sí. Un momento.

BRACK.—¿No salió de la habitación mientras él estaba?

HEDDA.—No.

BRACK.—Haga V. memoria. ¿No salió V., aunque no fuese más que un instante?

HEDDA.—Sí, es posible, á la antecámara, cosa de un momento.

BRACK.—¿Y dónde estaba entonces su caja de pistolas?

HEDDA.—Estaba en...

BRACK.—¡Vamos, señora!

HEDDA.—La caja estaba ahí, en el escritorio.

BRACK.—¿Ha visto V. después si se encuentran en ella las dos pistolas?

HEDDA.—No.

BRACK.—Es inútil. Yo he visto la pistola que tenía Loevborg, y reconocí en seguida la que vi ayer y otras veces.

HEDDA.—¿La tiene V. quizá?

BRACK.—No. Quien la tiene es la policía.

HEDDA.—¿Qué uso quiere hacer la policía de esa pistola?

BRACK.—Quiere buscar á su dueño.

HEDDA.—¿Y cree V. que lo encontrará?

BRACK.—(*Inclinándose hacia ella, murmura.*)—No, Hedda Gabler, mientras me calle yo.

HEDDA. (*Con mirada vaga.*)—¿Y V. no se calla?

BRACK. (*Encogiéndose de hombros.*)—Siempre se podrá suponer que la ha robado.

HEDDA. (*Resueltamente.*)—¡Antes morir!

BRACK. (*Sonriendo.*)—Esas cosas se dicen, pero no se hacen.

HEDDA. (*Sin responder.*)—¿Y si la pistola no ha sido robada? ¿Qué sucederá si se encuentra á su dueño?

BRACK.—¡Por Dios, Hedda! ¡Habría un escándalo!

HEDDA.—¡Un escándalo!

BRACK.—Sí, un escándalo, eso que á V. le causa un miedo tan terrible. Naturalmente, V. tendría que comparecer con Diana ante los tribunales. Ella tiene que dar explicaciones. ¿Fué un accidente ó un asesinato? ¿Quiso él sacar la pistola del bolsillo para amenazarla y salió el tiro entonces? ¿O le arrancó ella la pistola de las manos, lo mató y volvió á poner la pistola en el bolsillo de Loevborg? Sería muy verosímil. Porque la tal Diana es una moza de prueba.

HEDDA.—Pero yo nada tengo que ver con esos horrores.

BRACK.—No. Pero tendrá V. que responder á una pregunta: ¿Por qué dió V. esa pistola á Eylert Loevborg? ¿Y qué conclusiones quiere V. que se

saquen de ese hecho, cuando esté probado?

HEDDA. (*Bajando la cabeza.*)—Es verdad. No había pensado en eso.

BRACK.—¡Vamos! Afortunadamente, mientras yo me calle, no hay peligro.

HEDDA.—(*Levantando la cabeza y mirándolo.*)—Es decir, que estoy en su poder de V., asesor; que desde hoy en adelante me tiene V. atada de piés y manos.

BRACK. (*Bajando la voz.*)—Querida Hedda, crea V. que no abusaré de la situación.

HEDDA.—¡No importa! Estoy en su poder de V. Me encuentro á merced de su capricho. ¡Esclava! ¡Soy esclava! (*Levantándose bruscamente.*) ¡No! ¡Jamás me resignaré á esa idea! ¡Jamás!

BRACK. (*Con una mirada medio irónica.*)—¡Eh, por Dios! Hay que atemperarse á lo inevitable.

HEDDA. (*Respondiendo á su mirada.*)—Puede.

(*Se acerca á su escritorio.*)

HEDDA. (*Reprimiendo una sonrisa involuntaria é imitando la entonación de Tesman.*)—¿Y qué, Jorge? Di: ¿marcha eso? ¿Eh?

TESMAN.—¡Sabe Dios, Hedda! De todos modos, hay trabajo para meses.

HEDDA. (*Lo mismo que antes.*)—¡Vea V.! (*Pasando ligeramente las manos por el pelo de Thea.*) ¿No te parece esto raro, Thea? Ahora aquí al lado de Tesman, lo mismo que otras veces al lado de Eylert Loevborg.

THEA.—¡Oh, Dios! ¡Si yo pudiese inspirar también á tu marido!

HEDDA.—¡Oh! Eso vendrá con el tiempo.

TESMAN.—Sí, Hedda, ¿sabes?, ya me parece sentir algo de esa especie. ¡Vamos! Anda á sentarte otra vez con el asesor.

HEDDA.—Pero, ¿no hay nada en que pueda ayudaros?

TESMAN.—No, absolutamente nada. (*Volviendo la cabeza.*) Y V., mi querido asesor, va á ser preciso desde ahora que tenga la amabilidad de hacer compañía á Hedda.

BRACK. (*Dirigiendo una mirada á Hedda.*)—¡Lo haré con sumo gusto!

HEDDA.—Gracias. Pero esta noche estoy cansada. Voy á echarme un rato en el sofá.

TESMAN.—Sí, haz eso, querida. ¿Eh?

(*Hedda pasa á la pieza del fondo y corre las cortinas. Pausa. De pronto se oye en el piano un bailable furioso.*)

THEA. (*Levantándose de repente, asustada.*)—¡Ah! ¿Qué es eso?

TESMAN.—(*Precipitándose hacia las cortinas.*)—¡Vamos, querida Hedda, no toques piezas de baile esta noche! ¡Piensa en tía Rina! ¡Piensa también en Eylert!

HEDDA. (*Sacando la cabeza por entre las cortinas.*)—Y en tía Julia. Y en todo el mundo. Desde ahora me estaré quieta.

(*Cierra las cortinas.*)

TESMAN. (*Junto al escritorio.*)—Es natural que la contrarie vernos ocupados en esta triste labor. ¿Sabe V. lo que vamos á hacer, señora? V. se va á vivir con tía Julia. Yo iré allí todas

las noches y podremos trabajar á nuestras anchas. ¿Eh?

THEA.—Sí, quizá será lo mejor,

HEDDA. (*Desde la pieza del fondo.*) — Oigo muy bien todo lo que dices, Tesman. Pero, ¿y yo? ¿Qué hago, mientras tanto, de las noches?

TESMAN. (*Hojeando las notas.*) — ¡Oh! El asesor tendrá la amabilidad de venir á verte.

BRACK. (*Exclama alegremente.*) — ¡Todas las noches, si le place, señora! ¡Ya encontraremos manera de distraernos los dos!

HEDDA. (*Con voz clara y distinta.*) — ¿Verdad, asesor? ¿Es eso lo que V. espera? Gallo único.

(*Se oye un disparo. Tesman, Thea y Brack saltan de sus sitios.*)

TESMAN.—¡Bueno! ¡Ya está otra vez jugando con las pistolas! (*Descorre violentamente las cortinas y se precipita en la pieza del fondo. Thea lo sigue. Hedda yace sin vida en el sofá. Todos corren y gritan. Berta, completamente desencajada, acude presurosa por la puerta de la derecha.*)

TESMAN. (*Gritando á Brack.*) — ¡Se ha matado! ¡Se ha disparado un tiro en la sien!

BRACK. (*Medio desvanecido en el sillón.*) — Pero, ¡Dios poderoso!, esas cosas no se hacen!

ENRIQUE IBSEN.